

EL COJO ILUSTRADO

Año II

1º DE ENERO DE 1893

Nº 25

PRECIO		EDITORES PROPIETARIOS J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA. EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA DIRECTOR: MANUEL REVENGA	EDICION BIMENSUAL (4.000 EJEMPLARES) DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO CARACAS — VENEZUELA
SUSCRICIÓN MENSUAL. . . .	B. 4		
UN NUMERO SUELTO. . . .	B. 2		

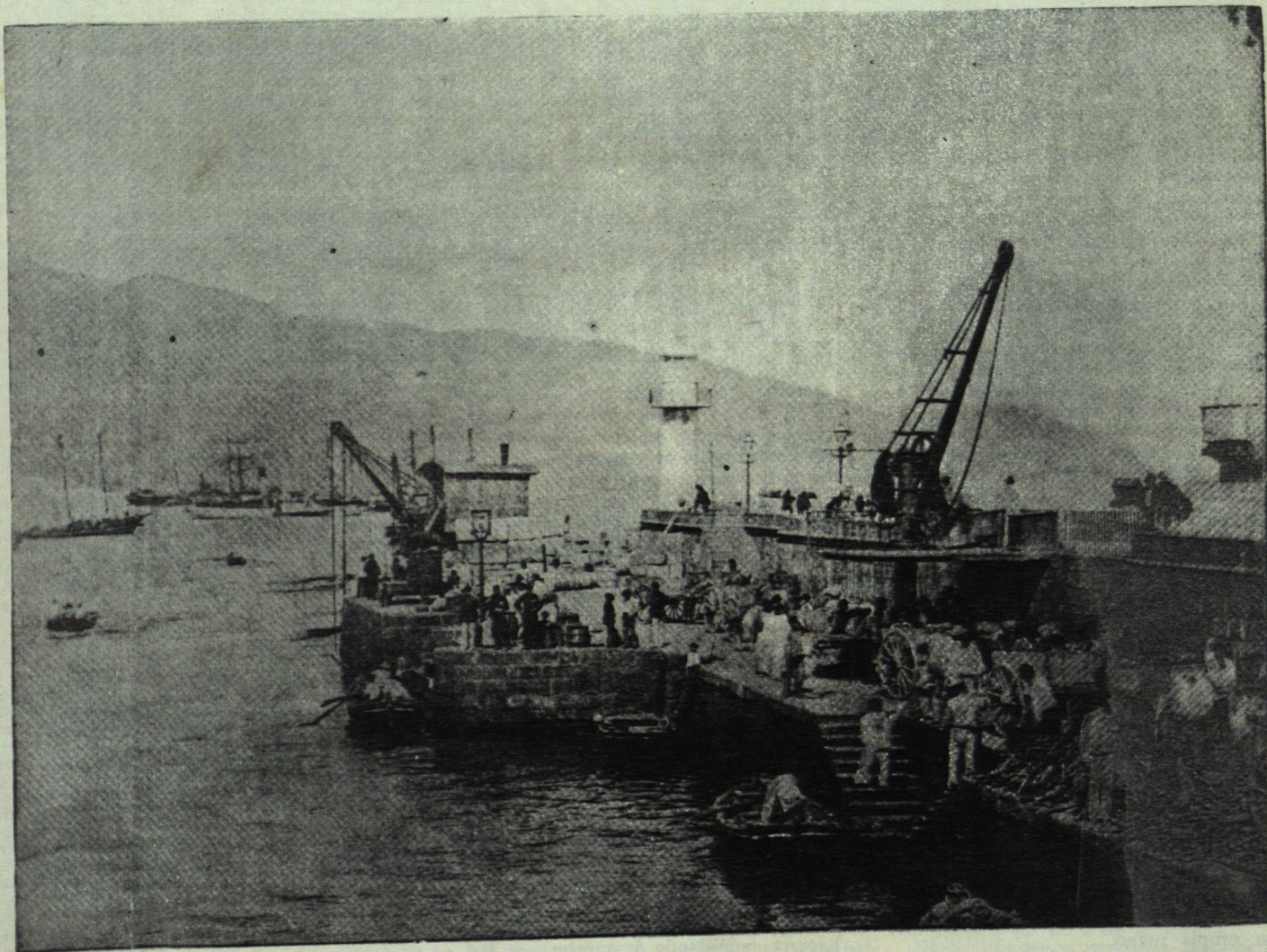
ORIGINALES.—NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE Ó NO

SUMARIO

TEXTO.—Nuevo Año, por M. R.—El año que nace y el año que muere, por el Dr. Aristides Rojas.—Saludos de ultratumba, por el Dr. Aristides Rojas.—Historiografía—Historiador, por el Dr. Eduardo Calcaño.—La afinidad etnográfica de los indios guagros, por el Dr. A. Ernst.—La virgen de la familia Tovar, por el Dr. Aristides Rojas.—Noche de año nuevo de un desgraciado, por Ritcher.—Don Cecilio Acosta, biografía, por Eugenio Mendez y Mendoza.—A Clodius (deberes del pa-

triotismo), por D. Cecilio Acosta.—Semblanzas de próceres civiles, por el Dr. E. A. Yanes.—Antonio José de Sucre, soneto por Andrés A. Silva.—Revista de la quincena, por Eugenio Mendez y Mendoza.—Nuestros grabados.—Los Por qué de Susanita, por Emile Desbeaux.—La Sainte Semaine, leira de Lamartine.—Su Cara Mitad, por F. Barrett.—Solución.

GRABADOS.—Santa Cruz de Tenerife, Brazo del Muelle: Hotel Balaón: Plaza de la Constitución, de fotografías.—D. Cecilio Acosta, dibujo a la pluma por A. Herrera Toro.—Casca da de Tócome, de fotografía de J. M. Burgos.—El Angel de los naufragos, por Carlos Esterer.—El Angel de las tumbas, por J. Beyer.—General Medardo Medina, de fotografía.—Quien mal anda mal acaba, por Benjamin l'autier.—Música: La Semaine Sainte, dedicada al Dr. Cristóbal Mendoza, por Adina Maurique



SANTA CRUZ DE TENERIFE. — BRAZO DEL MUELLE

NUEVO AÑO

Con el presente número entra EL COJO ILUSTRADO en el segundo año de su existencia.

Conocido como es el cúmulo de tropiezos y dificultades que acompañan en Venezuela á las publicaciones del género de esta, casi podría calificarse de ilusión realizada el haber llegado hasta hoy, y fácil es apreciar los esfuerzos hechos por la Empresa para obtener tal resultado.

Aunque EL COJO ILUSTRADO nació casi junto con la funesta situación política que tantos males causó á la Patria, y fué víctima del desarreglo económico que por doquiera hirió los intereses de toda suerte, justo es confesar que la Revista mereció desde su primer número el aplauso general y ha sido sostenida con tesón, así por sus constantes suscritores, como por sus colaboradores tan decididos, como inteligentes y generosos. No de otro modo hubiera podido la Empresa salir adelante con el noble intento de dotar á Venezuela con un periódico ilustrado que, aparte falsa modestia, no desdise de la cultura general del país y de su progresivo desarrollo.

No está demás notar que EL COJO ILUSTRADO ha logrado llevar á feliz término el programa que se trazó desde un principio. Persiguiendo este objetivo han sido incansables sus esfuerzos, y ya es conocedor el público de que por medio de sus siempre bien nutridas columnas y lo selecto y variado de sus grabados, ha obtenido en no pequeña parte llevar al conocimiento de todos, nacionales y extranjeros, que la patria venezolana reúne un conjunto de riquezas, ya intelectuales, ya materiales, digno de ser tomado en cuenta y estudiado con aplauso por todos los que viven ocupados del progreso humano.

A granel han llegado á la mesa de redacción artículos y escritos de todo género, así en el orden científico, literario é industrial, como también un ramillete de poesías con los más variados colores de nuestro parnaso; probando todo que, si bien nuestras inteligencias se hallaban por causas varias adormidas, vive en ellas latente grande ingenio de invención y profundo conocimiento en todos los ramos del saber.

En los comienzos desconfiamos mucho de que la sección dedicada á estudios de la historia patria estuviera á la altura de nuestros deseos, y ha sido, sin embargo, aliviado nuestro temor con los brillantes escritos de varios hombres de buena voluntad, entre quienes hemos de citar por deber de justicia y gratitud á los señores Dr. Aristides Rojas, insaciable descubridor de tesoros patrios, historiógrafo famoso, é incansable en prodigar sus competencias hacia nosotros; á Francisco Davignon, honra de la colonia italiana, versado como el que más en la historia del descubrimiento de América y su conquista, y que nos ha hecho valiosísimos presentes, ya con sus trabajos nutridísimos de ciencia leyendaria y arqueológica americanas, ya con los diseños dibujados por su propia mano.

En orden á la sección de costumbres venezolanas mucho debemos al ínclito Sales Pérez, nuestro Larra, inagotable de vis cómica, y que nos ha colmado de regalos; á Juan José Breca, atildado, de lenguaje rudo contra el vicio, alma pura y excelente amigo; á Andrés A. Silva, siempre acusioso y lleno de ingenio cáustico; á

David Villasmil, práctico en este y en todo género de literatura; y á nuestro querido Méndez y Mendoza, de fácil y castiza pluma, de decir intencionado, y peritísimo en el difícil arte de pintar con frases almas y cuerpos.

En materias científicas, varios nombres escribiremos pensando en la gran deuda de gratitud que con ellos tenemos contraída: el del Dr. A. Ernst, sabio, en el más alto sentido, polígrafo y rebosante siempre de entusiasmo en toda lid y faena que tenga por meta la aspiración al progreso; el del Dr. Del Valle, amenísimo escritor que sabe convertir en irisados pétalos las espinas de la verdadera ciencia; Villavicencio, vulgarizador científico de grande alcance, prosista encantador y caballero perfecto; Buscalioni, siempre dado á soñar con las estrellas á quienes profesa cariño fraternal y digno director de nuestro observatorio astronómico; Razzetti, el malogrado sabio que la muerte arrebató en hora temprana y menguada para las ciencias patrias; Elias Toro, médico lleno de saber, apenas salido de las aulas, y que no olvida desde lejanas tierras enviar su grano de oro para las columnas del periódico.

Quiere nuestro cariño, y más que nuestro cariño la conciencia que tenemos de su gran valer intelectual, que enviemos en párrafo aparte á Gil Fortoul la expresión sincera de nuestra gratitud por su constante colaboración. Unidos á él desde el tiempo de las puras ilusiones, unificados en ideas y propósitos, y estrechados hoy más por el fuerte lazo de un sepulcro querido, no podemos sino manifestarle cuán grande es nuestra deuda por sus escritos. En todos ellos se revela el pensador, el profundo analista de las sensaciones humanas, y el trabajo incansable de quien como él sabe cortar el vuelo á su poderoso ingenio para no herir en el periódico del amigo á lectores de creencias contrarias á las suyas; esfuerzo éste de ingenio más grande de lo que se cree.

El nombre de Herrera Toro hemos de pronunciarlo también con agradecido cariño; tal es el gran número de diseños y dibujos con que nos ha obsequiado, todos ellos dignos de su experta y genial mano de pintor de luces y de pró.

En cuanto á la sección poética, larga es la lista de los notables vates que nos han honrado con sus cantos, y tenga por excusa el silencio de sus nombres, el justo temor de olvidar á alguno.

En las páginas á la música dedicadas han brillado muchos de nuestros talentos en el divino arte, habiendo proporcionado alta honra á la Revista los finísimos obsequios de algunas de nuestras damas, compositoras de ciencia y numen.

A la prensa toda de Venezuela no debimos siempre sino aplausos y voz alentadora; gracias para ella, gracias para todos los que han visto en EL COJO ILUSTRADO más que empresa industrial, palenque de empeños gratos al arte y á la ciencia, y que supieron poner al servicio del periódico las creaciones de sus espíritus, los generosos impulsos de sus talentos.

Mas el pago de toda esa deuda hemos de hacerla redoblando á nuestra vez los esfuerzos en pro del mayor adelantamiento de la Revista, para merecer más y mejor el aplauso del país. No hemos de cejar ante sacrificio alguno, ni rehuir trabajos, por penosos que ellos sean, para seguir obteniendo la pública aprobación. Nuestros propósitos no descienden hasta el interés material sino que se ciernen por cima de

toda pequeñez de industria mercantil, y se elevan para alcanzar las alturas donde reinan con brillo el Arte y la Belleza.

Palpamos los defectos de que adolece la Revista; encaminaremos nuestra diligencia á corregirlos, y nos empeñaremos más y más porque en lo adelante sea ella una á modo de resumen en que el lector tenga á la vista la noticia de cuanto ocurra de importancia en todas las esferas del humano espíritu. Confiamos para ello, ante todo, con la nueva era de paz y orden que hoy se inicia en Venezuela, y que ha de traer necesariamente la realización y término ideal de cuanto implica el bienestar y progreso de la Patria. Bajo tales impresiones envía EL COJO ILUSTRADO su felicitación de nuevo año á sus amigos y al país.

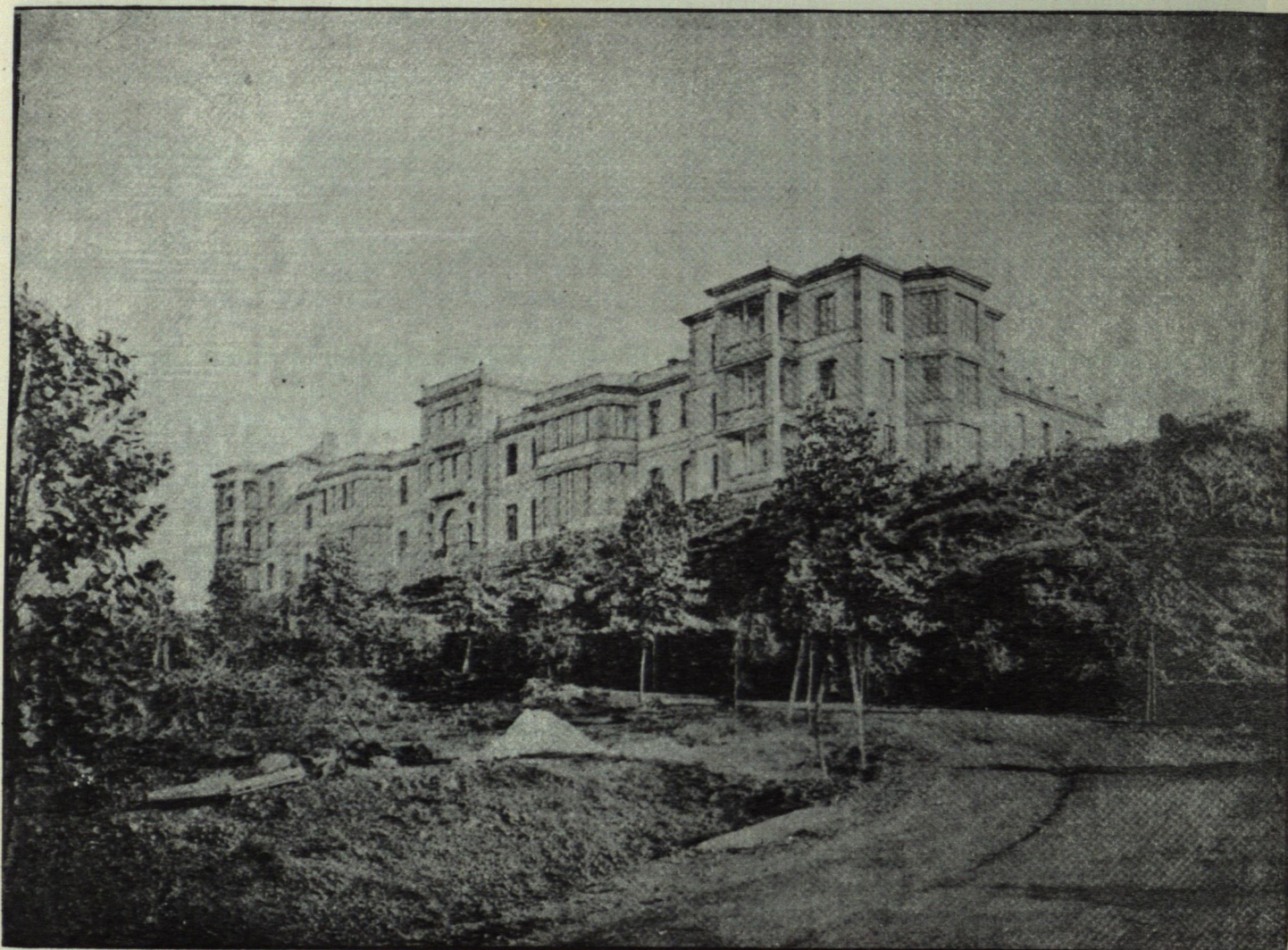
M. R.

EL AÑO QUE NACE Y EL AÑO QUE MUERE

Todos los días el sol ilumina por las regiones del Este la mitad del mundo, mientras que la otra mitad, en las regiones del ocaso, entra en la sombra: así es el año; nace lleno de alegrías y de sonrisas, y anima todos los corazones con la esperanza que es la luz de la vida, para desaparecer más tarde y exhibir al hombre la realidad, que es la sombra, hermana de la muerte. Luz y tinieblas, dicha y dolor, ilusión y desengaño, nos acompañan en todas las horas de nuestra prolongada peregrinación sobre la tierra; pero llega cierto día en que la dicha se ensancha, en que el dolor desaparece momentáneamente, en que la amarga realidad entra en la historia de lo pasado y en que el corazón late para el amor: ese día es el primero del año, lleno siempre de perfumes y armonías, para todos los pueblos de la tierra y para todos los seres que la habitan.

Si el último día de diciembre es la más grande de las realidades, porque en él se resume toda la historia de lo pasado, el primer día del año es el más bello de los enigmas, porque es la luminosa puerta por donde entramos en la vía de lo porvenir. Con la última hora que señala en el reloj del tiempo el año que termina, se sepultan todos los dolores, y con la nueva hora que anuncia el nacimiento del año se reaniman todas las esperanzas. Para la una hay siempre recuerdos amargos, dolores que se renuevan, la felicidad que parece desvanecerse como una sombra y la imagen de los seres queridos que han bajado á la tumba. Una plegaria universal acompaña á la otra: es el entusiasmo, la fe, el amor y las nobles aspiraciones hacia lo desconocido que se levantan del corazón de todos los seres como himno de reconocimiento al Autor de la naturaleza; como vaticinio de la nueva vida en la cual todos aspiramos á la dicha sin mezcla de dolores, y caminamos llenos de fe, ignorando nuestro encargo y nuestro destino.

La humanidad en su conjunto es la más grande de las peregrinaciones: tiene su punto de partida en la primera mañana del año que nace y su término en la última noche del año que espira. Así la tierra, en derredor del sol que la fecundiza, se ausenta de las cercanías del astro en los primeros días del año que nace, para recorrer su órbita y volver á fines del año que muere cerca del foco luminoso que la guía. Con ella está la humanidad que ha saludado el nuevo año y llena de sonrisas y esperanzas aguarda y sueña. El amor, la gloria, el talento, todos los nobles deseos acompañan al corazón en el momento de la partida; pero como la dicha no es más que un sueño, á poco principian las decepciones y la realidad sustituye al deseo. Unos viajeros sucumben al salir, otros se detienen desfallecidos, otros continúan fatigados y sin aliento; todos cerca de la fosa profunda adonde tenemos que llegar. En tanto la tempestad y la calma se suceden en la naturaleza física, la guerra azota los campos y las ciudades, el hogar se llena de lágrimas ó de dichas transitorias y el hombre en pos de un ideal, confía á la tierra el grano que debe proporcionar el sustento. Por donde quiera, en este camino prolongado, están el dolor y la esperanza que lo amortigua, la ambición, el odio, la envidia, y también la caridad, la fe y la conformidad que son Dios oculto en el corazón de los que sufren.



SANTA CRUZ DE TENERIFE. — HOTEL BALAÓN.

¡Cuántas víctimas durante este tránsito de trescientos sesenta y cinco días! ¡cuántos desengaños, cuántas lágrimas y privaciones, qué de gritos y dolores y cuántas ilusiones desvanecidas como el humo! Mas para el hombre que vive en constante aspiración hacia lo bello y lo bueno, cuánta felicidad, cuánta satisfacción en contraste con las vanidades mundanas! ¡cuánta calma dulce y apacible en el hogar privado, apoteosis del amor sobre la tierra!

¡Felices aquellos que puedan llegar á la profunda noche en que termina el viaje, porque ellos podrán contemplar la luz del nuevo día y comenzar de nuevo con el amor de Dios el nuevo camino de la vida!

Cuando se llega á este fin de la jornada, la madre que ha perdido su hijo, llora su desventura; el hijo que ha perdido sus padres se cree desamparado; ingrato ha sido el trabajo para unos, fecundo para otros, y sin embargo, todos aguardan, porque en medio de todas las desgracias de la vida ha sembrado Dios la fe, la caridad y la esperanza, áncoras de seguridad en este océano tempestuoso que se llama la sociedad humana.

Pero si en el año que nace hay aspiraciones que halagan y un ideal que hace suspirar al corazón, en el año que termina hay una enseñanza provechosa; el dolor, la realidad con todos sus desencantos, y la fosa entreabierta, insaciable, que invita, que conforta y señala el país de la verdad.

Existe en el corazón humano un deseo inextinguible por la vida: aparentemente el hombre desea los goces de la materia, mas hay en él otra fuerza que le empuja hacia la perfección moral. Sin saberlo solicita la cima inaccesible

en que está Dios, y por esto desea vivir cada año aunque esté lleno de miserias y de desengaños. Subimos y subimos sin cesar. Cada año que pasa nos aproxima más á esa tumba que solicita nuestra parte corpórea, pero que nos acerca igualmente hacia el cielo que ambiciona nuestra parte espiritual.

En el primer día del año es cuando el hombre, joven ó anciano, llega á cierta altura desde donde puede contemplar cielo y tierra. Por un lado, el horizonte luminoso que es la vida, por el otro el horizonte oscuro de lo pasado que le oculta el país del destierro, donde todos los seres grandes ó pequeños se transforman, para entrar como agentes mecánicos en el gran taller de la naturaleza.

¿Qué pide al nacer el año el hombre que ha perdido sus bienes de fortuna, el desgraciado que ha perdido su salud? ¿Qué pide la familia en cuyo seno ha marchitado el dolor seres queridos y ha llevado á la tumba las esperanzas del hogar? ¿Qué pide el hombre de los campos que ha visto sus sementeras taladas por el azote de la guerra, de la langosta ó destruidas por el soplo del huracán? ¿Qué piden los pueblos, en fin, sumidos en el infortunio ó que han sido víctima de las pasiones humanas?—Piden el amor que es la paz de las naciones y de la familia; piden la fe que es el alma del trabajo; piden la esperanza que es la luz que guía en la desgracia, piden la caridad, en fin, que es el bálsamo que cura todas las heridas.

¿Sabéis por qué en el primer día del año las familias se abrazan, los amigos se solicitan, la sonrisa llena los labios y el amor une todos los corazones en los diversos pueblos de la tierra?—Porque en ese día es cuando la humanidad aban-

dona todo lo terrestre para unirse en un abrazo fraternal que la acerca á Dios; porque en ese día se cierran las puertas de lo pasado, siempre lúgubres, porque nos presentan la realidad y se abren las del porvenir, siempre luminosas, porque ocultan el misterio.

Entre el primer día del año que nace y el último día del año que muere, es cuando el hombre puede comprender todos los misterios de la creación. De un lado la materia, el hombre como sustancia que vive de la materia y se asocia á la materia; del otro, el hombre espíritu que idealiza y aspira á lo imperecedero. Entre estos dos horizontes que señalan la vida de un lado y la muerte del otro, está el deber que impone y regulariza las pasiones mundanas y prepara al corazón sus días de ventura sobre la tierra, su inmortalidad en el seno de Dios.

Ambicionemos el año que viene, pero contemplemos el año que termina. Nada es perecedero en este mundo: el pasado se une á lo presente y el presente á lo porvenir. Es por medio de una cadena de dolores, de sufrimientos y de abnegación como se civiliza el hombre y puede ser útil á sus semejantes.

¡Nuevo año que te aproximas, nosotros te saludamos; que la abundancia sea tu emblema, que la paz te guíe, que á tu benéfico influjo se desarrollen las industrias y el comercio y que el hombre de los campos te bendiga, mientras que el padre en el seno de su hogar recibe de su familia las bendiciones del cielo!

ARÍSTIDES ROJAS.



SANTA CRUZ DE TENERIFE. — PLAZA DE LA CONSTITUCION

SALUDOS DE ULTRATUMBA

CONFRATERNIDAD DE LA IDEA

¡Qué día más elocuente que éste, el 1º del año! La miseria, las enfermedades, las tristes situaciones del ánimo parece que se suspenden, aunque sea por instantes, para dar cabida á esa esperanza celeste que se apodera de todos los corazones que sufren, en pos de un bello ideal, que es para unos, la mejora de la fortuna, el restablecimiento de la salud para otros; para estos la realización de una promesa bienhechora, para aquellos el cumplimiento de un deber sagrado; y para todos la mejora, la satisfacción, el porvenir, sin temores, sin dudas, sin decepciones.

La familia que sabe amar, el primer día del año, guarda también recuerdos satisfactorios de todos los que nos han precedido en la muerte. Para nosotros, escritores, grato nos es igualmente recordar á los muertos hombres de letras que han ilustrado los anales de la Patria con las producciones del ingenio cultivado. Vengan ellos, no á disfrutar de horas felices que no podemos proporcionarles, sino á recibir como un recuerdo amoroso, la satisfacción que nos proporcionan con la lectura de algunos de los nobles pensamientos que figuran en cuanto dejaron escrito. Comenzamos en este año, á dedicar á los literatos que descendieron á la tumba, este recuerdo de confraternidad, y así continuaremos al comenzar cada año. Ojalá que en lo sucesivo cada periodista dedique una ó más columnas á estos saludos de ultratumba.

La felicidad del hogar, exige, no la presen-

cia de los ausentes, sino la frase fraternal, representada en el pensamiento profundo, filosófico, en los bellos conceptos que en día feliz, cuando sintieron palpar los corazones al calor de la familia, dejaron en el libro, en la hoja volante, en los anales de la familia y de la Patria.

Con poemas, estatuas, panteones,
Miguel Angel, Praxíteles y Homero
Hablan desde la tumba al mundo entero.

Aristides Calcaño.

Consuela ¡oh Dios! mis días, ó mi vida
Impele hacia su ocaso;
Y halle descanso mi ánima afligida
En el mortal regazo!

Luis Alejandro Blanco.

¿Cómo puede, Señor, el débil hombre,
Al pensar de esos soles en la muerte,
Necio, llamarse fuerte,
Soñar, impío, eternizar su nombre?

García de Quevedo.

Las letras lo son todo. Las letras viajan; son la luz que inunda en un instante el espacio y lo colora, la arista que lleva el grano de la idea y que es arrebatada por el viento de las edades.

Cecilio Acosta.

A John Bull no es posible
Negarle nada,
Porque lo pide todo
Con tanta gracia!

Rafael Arvelo.

Y es en vano luchar, si la esperanza
No ha de animar los sueños de mi alma.

Luis C. Calcaño.

Aflicciones intensas marchitaron
La joven flor de la esperanza mía,
Que lóbana y fructífera crecía
Al calor de una luz de primavera.

Vicente A. Rendón.

Ay! son pocos en el mundo
Los placeres que no matan!

Simón Calcaño.

A fe que tienen razón.
Pues en lugar de ir llorando,
Me voy riendo y destilando
Lágrimas del corazón.

J. Vicente Camacho.

¡Qué agitada y tempestuosa, qué heroica y triste es
tu historia, oh patria de mis padres!

J. V. González.

La Libertad . . . ! ¡y en dónde,
En dónde están su trono y sus altares?

F. G. Pardo.

Azaz de nuestros padres malhadados
Expíamos la bárbara conquista.
¡Cuántas doquier la vista
No asombran erizadas soledades,
Do cultos campos fueron, do ciudades?

Andrés Bello.

¡Quién desandara el campo de la vida!
¡Ay! ¡quién pudiera!

E. Calixto Pompa.

Puedas grande y dichosa
Subir ¡oh patria! del saber al templo,
Y en tu marcha gloriosa
Al orbe, majestuosa
Dar de valor y de virtud ejemplo.

Rafael M. Baralt.

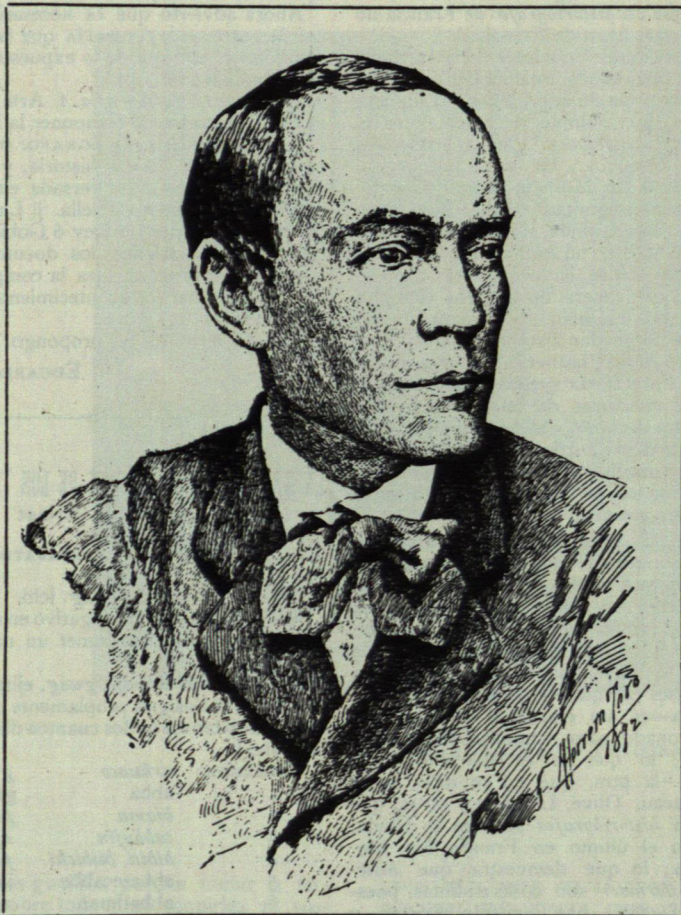
Temo el de lentas invisibles olas
Mar del olvido, cuyas aguas muertas
A márgenes desiertas
Conducen sin memoria.

Fernán Toro.

La ausencia se parece á la muerte: no todos los corazones saben estar ausentes.

D. Mendoza.

Llegaron ¡oh dolor! las tristes horas
De un pesar para mí desconocido.



DON CECILIO ACOSTA

Ilusiones de paz encantadoras,
Contentos de mi hogar, os he perdido.

J. A. Maitin.

Ah! . . . si esa ley tremenda, ley de muerte,
No se puede cambiar; por qué lloramos?

Abigail Lozano.

¡Cuán amargo es el hado que me ordena
Enmudecer cuando el poeta canta . . . !
Oigo su voz, y al responder, la pena
Corta al salir el eco en la garganta.

Manuel Manrique Jerez.

Más allá de la tumba es donde el hombre encontraré la deseada ventura.

Juan Manrique Jerez.

Bajad al cieno las innobles frentes
Los que del vate deslustráis la fama:
El en los mundos, como el sol, derrama
Su inmensa claridad.

J. M. Salazar.

Mas, cuando en esa lucha titánica, la razón humana se siente vacilante, fatigada, y cae como un gladiador reudido sobre la arena del combate; cuando se siente desfallecida, naufraga en un océano de oscuridad y de dudas; entonces debe volver la vista al Dios de la Verdad, implorar el auxilio de la Gracia: pedir un rayo de inspiración divina; oír la voz consoladora de la Revelación.

R. I. Montes.

No sé si bajo el ala en que se oculta
La misteriosa cifra del destino,
Iris de luz nítida en mi camino
Me guarda el porvenir.

M. M. Bermúdez Avila.

Triste, sin fe, cual moribunda lámpara
El alma en sus recuerdos se fué á hundir.

J. A. Pérez Bonalde.

El Espíritu de Dios es el oráculo divino que enseña toda verdad. Por eso, donde reside, el amor es ley, la conciencia tribunal, la razón fuerza, la virtud derecho y la inteligencia blasón.

Ildefonso Riera Aguinalgalde.

Las mujeres son incorregibles en tratándose de militares, y más si gastan cañones! La gloria las deslumbra!

Simón Camacho.

Es la belleza flor que al matutino
Arrebol, nace pulcra y rozagante
Y, cuando asoma el astro vespertino
Se ve triste morir.

José Luis Ramos.

La inteligencia tiene sus aberraciones, el error su lógica inflexible.

José Silverio González.

El hombre que se acostumbra á ver derramar la sangre humana, está ya muy cerca del ascinato.

Alejandro Proli.

¿Por qué no sería la música una lengua superior á todas las otras, cuando parece ser la expresión preferida y la intérprete natural de los arranques superiores de la naturaleza humana?

Miguel Carmona.

Envidiable destino! Oh! quién me diera
De juventud la fuerza y bazarria,
Cuando su libertad la patria amada
Cobró gloriosa en inmortal porfía!

José Hermenegildo García.

Soldados! Habéis dado la libertad á la América Meridional, y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria: ¿dónde no habéis vencido?

La América del Sur está cubierta con los trofeos de vuestro valor, pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todo.

Bolívar.

Más es fuerza llorar, si amar es fuerza
Cuanto en el mundo nuestro amor cautiva;
Que perdemos un bien en lo que amamos
Y queda siempre viva
La memoria del bien que malogramos.

Pedro J. Hernández.

Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye á que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.

Bolívar.

En cuanto al libro de Job, el más sublime de todos los de la Biblia misma, es superior, sin disputa, á lo mejor de Osián, de Homero, de Píndaro y de lo más bello que puede ofrecer la antigüedad profana. Job, vive sin rival. Su libro es el libro por excelencia, y si acaso hay algo que se le parezca son los cantos de David.

Felipe Larrazábal.

Yo sé que en el fondo abismo
De la muerte, todo es sueño:
Que lo grande y lo pequeño
Para Dios vale lo mismo.

J. R. Yepes.

El humo del carbón de piedra ha tiznado el horizonte del siglo XIX.

Todo se precipita á su desarrollo con la rapidez del vapor y la electricidad, pero con el sacrificio del espíritu á la materia.

Rafael Hernández Gutiérrez.

Oh! cara Libertad! si el tosco grillo
Mi planta ha de arrastrar, si he de perderle,
Mil veces yaza en este campo, inerte,
Antes que empañe de mi honor el brillo.

Fernando A. Díaz.

Oh! vosotros, jóvenes de la presente edad, que os recreáis ante los mágicos horizontes de la vida: gozáos en esas seductoras visiones, que, con su cetro misterioso, os dibujan cada día en los celajes del Ocaso los genios invisibles del amor y de la Gloria . . . ; el porvenir os atrae con sus infinitos encantos poderosos; . . . sí, el porvenir es bello, amigos míos, pero no hay nada más bello que esta dulce religión de lo pasado, edén querido, en donde no hay ya serpiente tentadora: paraíso divino, de donde no hay ángel exterminador que nos destierre.

Jesús M. Morales Marcano.

Donde quiera que miréis
Está el hombre en oración:
Ora ante el real de vellón,
Ora ante el conto de reis.

A. Carrillo y Navas.

La elocuencia de Colón, en su pasión por la verdad, vió inútiles sus relámpagos y vió embotarse sus rayos en la ignorancia de sus jueces.

La idea de la Independencia, traída por Bolívar y por Miranda á Caracas, quedó embotada en la incipiente de los patricios del 19 de abril, hasta el 5 de julio de 1811.

Antonio L. Guzmán.

Mientras más cruda es la lucha
Más nos honra la victoria,
Que es bien escasa la gloria
De un triunfo sin batallar.

Miguel Tejera.

Cuando el ave de los Andes, símbolo del genio sublime de BOLÍVAR, haya penetrado más allá, en la infinita lontananza de la Historia, uno y otro hemisferio le saludarán como el Númen benéfico que vino á realizar promesas inmortales, reviviendo en el Universo la fe de la Libertad que vacilaba.

Ángel Félix Barberii.

Sin patria, sin salud, letal tristeza
Me oprime el corazón, me arranca el llanto,
Que tras las sombras de su negro manto
El sol de mi esperanza se ocultó.

Carlos Mendoza.

Fuera de esto, la hipótesis de Laplace requiere que todos los movimientos en el sistema sean directos, y vemos que los satélites de Urano y de Neptuno son retrógrados. Además, Faye ha puesto en evidencia que si los planetas se hubieran formado según las ideas de aquel gran geómetra, las rotaciones de los planetas y las revoluciones de sus satélites serían retrógrados.

Miguel Tejera.

Aquí trabaja el bobo para el vivo,
Aquí es necio quien tiene ocupación;
Y no hay negocio, á fe, más productivo
Que conspirar y hacer la oposición.

Jesús M. Sistiaga.

Nada es más peligroso para un Gobierno que la uniformidad de un Congreso, compuesto de partidarios suyos; porque la unidad al fin se rompe, y las oposiciones más violentas nacen de su mismo seno.

Pedro José Rojas.

Oh arte! cuál declinas
Del poeta al mortal, gracia y dolores,
Para éste las espinas
Y lauros para el otro y áureas flores:
Ay! cuánto al Tasso de cruel tormento
Y cuánta gloria á aquel sol de Sorrento!

Eloy Escobar.

El mundo progresará, sí; pero es bajo la égida de la idea católica, á la sombra de esa cruz que ha traído al mundo la caridad, alimentados con la palabra santa del que murió en el Calvario.

Jorge González Rodil.

Cada sol en Occidente
Es una esperanza muerta:
Una fosa nueva abierta,
Y del mundo que nos miente
Una traición descubierta.

Manuel N. Velancourt.

Quisiéramos continuar, pues á proporción que recordamos á tantos y tantos talentos venezolanos que reposan en la tumba, sería para nosotros muy satisfactorio el que no faltara ninguno; pero carecemos, en los momentos de enviar estas páginas á la imprenta, de folletos, hojas periódicas y libros de muy difícil adquisición. Nos unimos al recuerdo de cada familia, y extiéndase nuestro saludo, en el día 19 del año, á todos y cada uno de los escritores que nos han precedido en la muerte.

ARISTIDES ROJAS.

HISTORIOGRAFO-HISTORIADOR (I)

A LA ACADEMIA VENEZOLANA DE LA LENGUA.

Propongo á mis ilustrados compañeros el envío de una cédula á la Real Academia Española, para la modificación del significado que trae su Diccionario del vocablo HISTORIOGRAFO. Sólo la fuerza de la convicción, que puede ser errónea, pero sincera, sería capaz de llevarme á tanto. En todo caso, habré planteado un tema de discusión, de la que desearía que saliera más confirmado el buen acierto de la Academia madre, para enseñanza mía y mayor autoridad de sus enseñanzas.

Asigna la Academia á esta voz la simple acepción de HISTORIADOR; de manera que, fiado en ella, puede todo el que habla ó escribe creerse autorizado para poner un vocablo por otro, y llamar *historiógrafo* á César Cantú y á Pi y Margall, y apellidar *historiador*, con el mismo derecho, á Boileau, Racine ó Pellisson. No ignoro que semejante sinonimia viene establecida en el Diccionario de la Academia desde su primera edición, de donde la copió Salvá en el suyo. Todo ello tengo en contra; pero todavía queda á mi favor no ser ése el sentido en que se ha tomado la palabra en el mundo de las letras, ni el que comporta la índole de la lengua, bien manifiesta en todas las demás voces de su parentesco. Si logro comprobar estos dos extremos, quedará la justicia de mi parte.

Dos acepciones legítimas tiene la voz *historiógrafo*.

En una de ellas ha sido siempre, y solamente, el individuo pagado por el Estado (monarquía ó república) para acopiar documentos, anotar hechos y hacer apunte de acontecimientos notables coetáneos: materiales que sirven luego al *historiador* para encadenar los sucesos, investigar su causa y sus efectos, discutirlos, juzgarlos y eslabonarlos á la gran cadena de la historia. (2) Bajo este aspecto, el del *historiógrafo* es oficio; el del *historiador* es arte. Fundado en este conocimiento dice Voltaire que "el *historiógrafo* participa más del analista, y el *historiador* tiene un campo más libre para la elocuencia."

Y Bescherelle lo define: "El que ha sido nombrado por diploma del Príncipe para escribir la historia del tiempo." ¿Y qué oficio le asigna? El que sigue diciendo: "Como el crítico, el *historiógrafo* se somete al penoso trabajo de reunir los hechos, examinar su veracidad, la autenticidad de las fuentes y de los documentos, el grado de verosimilitud de los relatos que contienen; sacude el polvo de los archivos, de las bibliotecas, de las colecciones arqueológicas, compulsa, compara, escoge." Lo cual no es otra cosa que preparar materiales para que el *historiador* construya la historia.

Y Domínguez lo llama en su Diccionario: "La persona nombrada por el Rey para escribir la historia de un reino, de una provincia ó de una ciudad. Dijo también *cronista* y después *cronista*."

Y Lachâtre escribe que "el *historiógrafo* reúne los materiales, y el *historiador* construye el edificio."

Y Don Pedro M. Olive, copiando acaso á Lachâtre, dice que "el *historiógrafo* reúne los materiales, y el *historiador* los pone en obra;" sin dejar de establecer que "es muy difícil encontrar un *historiógrafo* de un príncipe que no sea adulador, y que no desfigure las cosas" y agrega que "el de una República adula menos, pero no todas las cosas que dice son verdad."

Racine, Boileau, Pellisson y Voltaire mismo fueron *historiógrafos*, pagados por ello por el Estado, y á los primeros no se les ha tenido nunca por *historiadores*; á Voltaire sí, pero no porque ejerció aquel empleo sino desde que escribió la historia de Carlos XII, la de Rusia y la del reinado de Luis XV. Y con haber sido el mismo *historiógrafo*, insiste en su *Diccionario Filosófico* en la dificultad que tiene un *historiógrafo* pagado, para decir la verdad; y en carta

dirigida de Potsdam al Mariscal de Richelieu, exclama: "La historia exige una verdad tan independiente, que un *historiógrafo* de Francia no puede escribir sino fuera de Francia."

Anoto este juicio de Voltaire y el concordante de Olive, para que quede establecido que, aun en punto á estimación de la probidad, ó siquiera de la veracidad, hay notable diferencia entre el *historiógrafo* y el *historiador*, y no es lícito confundir ambos términos. He aquí porqué, al referirse Boiteau á Mr. Moreau, último *historiógrafo* de Francia, pregunta: "¿Hay hoy quien sepa lo que escribió, ó quien, sabiéndolo, se tome la pena de leerlo?" Y no es tan infundado este menosprecio en que se envuelve á los *historiógrafos*, puesto que, fuera de muchos ejemplos que todos tenemos á la mano, y para no anotar sino los que ya no puedan lastimar á nadie, basta recordar que Alain Chartier, *historiógrafo* de Carlos VII de Francia, da vueltas y revueltas al rededor de las relaciones de este monarca con Inés Sorel, para declarar con muy limpia cara que, según los documentos, los lazos que unieron al rey con esa manceba, en quien tuvo tres hijas, fueron solamente los de una castísima amistad. (*Une très-chaste amitié*.)

Ahora bien, si como cronista ó analista relata el *historiógrafo* los sucesos por escrito, y á eso es á lo que se ha querido llamar "escribir la historia," ni aun en ese concepto son recíprocamente sustituibles las voces *historiógrafo* é *historiador*, por dos razones: una, la de que sólo se ha llamado *historiógrafo* en todos los países al que—escriba ó no escriba la historia—es un empleado público pagado ó pensionado para acumular documentos y ordenarlos; lo que no es aplicable á los *historiadores*;—la otra, que no se diría, como aseguran Boiteau, Olive, Lachâtre y otros, que ya no existen *historiógrafos* sino en la China, habiendo sido el último en Francia, Mr. Moreau en 1789; lo que demuestra que *historiógrafo* é *historiador* son cosas distintas, puesto que *historiadores* han existido, existen y existirán mientras haya sucesos que exponer, ordenar, recordar, discutir y juzgar.

En la otra acepción, *historiógrafo* es la persona versada en el arte de escribir la historia, que de ella trata ó escribe acerca de ella. En otros términos: es la persona versada en historiografía, que es el arte que enseña los modos ó métodos de componer la historia. Acepción más directa, en mi concepto, atendida la formación del vocablo, por ser más consona con el sentido de las voces que le son afines, como vamos á verlo.

Historiógrafo se forma de dos palabras griegas: *istoria*, historia, y *graphein*, escribir. Pero es de observarse que en estas voces compuestas derivadas del griego, el primer elemento no hace oficio de acusativo sino de ablativo. Así es que *bibliógrafo* no designa al que escribe libros, sino al que conoce los que otros han escrito y trata de ellos.

Corógrafo no es quien escribe un país, sino el que lo conoce y escribe de él.

El *tipógrafo* no escribe tipos, sino con tipos.

Salmógrafo no es quien escribe salmos,—que á ese se le llama *salmista*—sino el que los ordena, los examina, los comenta y sobre ellos escribe.

El *litógrafo* no escribe piedra, sino en piedra.

El *geógrafo* no escribe la tierra sino la describe, esto es, hace manifiestos los conocimientos que de ella tiene.

Lo mismo el *cosmógrafo*, considerando la tierra como astro.

Autógrafo, aplicado á un documento, no es el que se ha escrito á sí mismo, sino el de mano propia del autor; y aplicado á persona, designa, no la que se escribe á sí misma, sino la que sabe ó practica el procedimiento por el cual se traslada un escrito original á la piedra para tirar con ella muchos ejemplares iguales.

Mayor número de ejemplos sería enojoso. Creo que basta con los indicados para convencer de que, por ley de composición, *historiógrafo* no puede significar rectamente *escritor de la historia*, esto es, *historiador*, sino el que profesa el arte que enseña los modos ó métodos de componerla; y en sentido particular, la persona pagada por un Gobierno ó Estado para allegar documentos his-

tóricos, examinar su autenticidad y anotar los sucesos de su tiempo.

Ahora advierto que es necesaria otra cédula con la voz HISTORIOGRAFIA que falta en el Diccionario. Y en vista de lo expuesto, podrían ambas formularse así:

Nueva.—*Historiografía*. f. Arte que enseña los modos ó métodos de componer la historia.

Enmienda.—*HISTORIOGRAFO*. (del griego *istoriographos*; de *istoria*, historia, y *graphein*, escribir.) m. La persona versada en historiografía ó que escribe acerca de ella. || La persona nombrada á sueldo por un Rey ó Gobierno para allegar, ordenar y clasificar los documentos auténticos que han de servir para la composición de la historia, y anotar los acontecimientos memorables de su tiempo.

En esos términos las propongo.

EDUARDO CALCAÑO.

LA AFINIDAD ETNOGRAFICA DE LOS INDIOS GUAGIROS

Por A. Ernst

III. VOCABULARIO COMPARATIVO (N—Y)

Nariz: *arh.* issiriji; *guag.* ichi.

no: *arh.* ma, prefijo negativo en ambas lenguas.

nombre: *arh.* carín [tener un nombre]; *guag.* cachinga.

nudo: *arh.* ikissiji; *guag.* ejiteshi. [La palabra arhuaca designa propiamente un cordón en el cual hacen tantos nudos cuantos días piensan estar ausentes].

numerales:	arhuaco	guajiro
1	abba	guané
2	biana	pianu
3	cabbujin	apuni
4	bibiti, biibichi	piencie
5	abbatecabbe	jaraí
6	abbatiman	aipirá
7	biamattiman	acaráishi
8	cabbujintiman	mekisör
9	bibitiman	mekietsa, jivana
10	biamantecabbe	poró

Las palabras puestas en letra bastardilla se corresponden más ó menos en sus formas; acerca de las demás observaremos lo siguiente.

La palabra *jaraí* [5] viene sin duda del verbo *jaraj*, haber concluido, terminado [*arh.* *jarán*]. Los guajiros cuentan por los dedos, empezando por los de la mano izquierda, y dicen por eso *jaraí*, ó sea "terminado," cuando llegan al último dedo de aquella.

Los arhuacos usan en el mismo caso la forma *abba-te-cabbe*, ó sea "una mano." El número 6 lo expresan los últimos por una palabra que según Th. Schultz significa literalmente "uno de la derecha añadido"; los guajiros dicen *aipirá*, derivada de *jépiru*, "dedo," ó "un dedo," de modo que lo hacen como los arhuacos. Los numerales por 7, 8 y 9 de los guajiros pueden analizarse como sigue. En un vocabulario manuscrito que obtuvimos por la intervención del señor Vicente Urdaneta de Maracaibo, encontramos *mekisara*, "el dedo medio de la mano derecho," palabra idéntica á *mekisör* [ó *mekisár*], y que puede descomponerse en *maiki-kisa*, ó sea "muy-cabeza, punta-mano derecha," lo que sería "la punta más avanzada de la mano derecha," precisamente como el inglés "the very tip of the hand," ó sea el dedo medio. Estos elementos son todos de la lengua arhuaca: *makéma-issiji-nússa*. De la misma manera los numerales por 7 y 9 son probablemente nada más que los nombres de los dedos que les corresponden. En vez de *akaraisi* usan también las formas *acarare*, *acarane*, *alcaraue*, que son bastante parecidas al *arh.* *a-kille-coana* [dedo índice]; y *mekietsa* [nueve] es quizá una contracción de *mai-ki-majachi* [compañero, vecino del dedo medio]. La forma *jivana* [nueve] que hemos encontrado en un solo vocabulario, tiene aún cierta semejanza con la palabra correspondiente en la lengua arhuaca. Cuando los guajiros, al contar, han llegado así al último dedo de la mano derecha, suelen dar una palmada, siendo por eso muy verosímil la explicación dada por R. Celedón de la palabra *poró* [diez], de *japó* [mano] y *roj* [palmotear, restregar, sacudir].

(1) Lefdo á la Academia Venezolana en junta de 12 de noviembre de 1901, en la cual fué aprobado acordándose remitirlo á la Real Academia Española.

(2) Este primor de entretrejer los sucesos sin que parezcan los mismos digresiones de los otros, dice Solís, es la mayor dificultad de los historiadores.



CASCADA DE TOCOME. — FOTOGRAFIA DE J. M. BURGOS

Los numerales guajiros pueden tomar la terminación *shi*, sobre todo al no seguirles un sustantivo. Llegan á ser entonces verdaderos adjetivos, y se usan para formar los nombres de las decenas: v. g. *piamushi-ki*, *apunishi-ki*, *járaishi-ki* [20, 30, 50] etc. *Ki* es "cabeza," ó sea "persona"; la palabra por 20 significa por eso literalmente "dos personas" [es decir: "los dedos de dos personas"]. Este proceder es singular, puesto que muchos indios, y entre ellos también los arhuacos, se sirven también de los dedos de los pies para llegar á las decenas.

La palabra *guané* [uno] es quizá de origen castellano [?]; la forma arh. *abba* sin embargo se han conservado en *apuni*, si admitimos [como lo hace Brinton] que *cabbujin* sea derivado de *abba*. [1]

Ojo: arh. *acussi*; *guag.* *buj*.
oreja: arh. *adik-kehi*; *guag.* *cherú*, *ché*.
Padre: arh. *itti*; *guaj.* *shi*, [mi padre: arh. *datti*; *guag.* *tashi*].
pájaro, especie de: arh. *cárruba*; *guag.* *garurapai* [gavilán].

paloma: arh. *guacúcuca*; *guaj.* *guahua*, *guagua* [En el diccionario de la lengua cumanaagota por M. Ruiz Blanco, publ. por Manuel de Yangués, se encuentra: "curita, paloma: *huahua*," y aún hoy se llama en Venezuela la *Columba speciosa* Gml. *guacoa*: probablemente es nombre onomatopéyico].

pantorrilla: arh. *ibitunna*; *guag.* *sapaén*, *si-patín*.

papagayo: arh. *carara*; *guag.* *carecaré*.
pato, especie de: arh. *cúddoa*; *guag.* *utúa*, *cutúa*. [Simons le da el nombre inglés *diver*, ó sea buzo, zambullidor, que es el *Tachybaptus dominicus* de la ornitología. M. Ruiz Blanco en su Diccion. cumanaagoto cita "*cutua*, ave como pato." La *cutúa* común es el *Halietus brasiliensis*.
peine: arh. *bállida*; *guag.* *pásuta*, *páruta*, *parta*.
pelicano: arh. *yauru*; *guag.* *yariuca* [*Pelicanus fuscus* L.].
pelo: arh. *úbara*; *guag.* *húara*.

penis: arh. *iwere*, *iwera*; *guag.* *erhué*, *huera*.
pescuezo: arh. *únnuru*; *guag.* *nuru*.
pestaña: arh. *ikittihi*; *guag.* *icúta*.
pez: arh. *jime*; *guag.* *hime*.
pez espada: arh. *búara*; *guag.* *yátara*.
pie: arh. *cututi*; *guag.* *hiú* [metaplasmo].
piedra: arh. *siba*; *guag.* *ipa*. Las *abas* de que habla Oviedo ["unas piedras que llaman ellos *abas*, que son á manera de jaspes labradas, y de que hacen sartaes"] parecen ser la misma palabra en una forma más antigua.

piel: arh. *úeda*; *guag.* *súta* [Schomburgk tiene arh. *daada*, lo que corresponde al *guag.* *tata*].

pierna: arh. *dama*; *guag.* *sá*, *asá* [*tasá*, mi pierna].

pilar *maíz* etc.: arh. *jacu* [pilón]; *guag.* *ayüj* [pilar].

playa: arh. *bara-aruma*; *guag.* *pararu*.
pobre [ser]: arh. *camonaican*; *guag.* *camamishi*, *unáisikin*.

preguntar: arh. *aja-dacu-tun*; *guag.* *ta-sakó-in* [yo pregunto].

prestar: arh. *atenaban*; *guag.* *anapá*.

Pronombres: I. Pronombres personales
Arhuaco. Guagiuro.

Sing.	Plur.	Sing.	Plur.
1. <i>dai</i> , <i>d'</i>	1. <i>wai</i> , <i>hua</i>	1. <i>taya</i> , <i>t'</i>	1. <i>guaya</i> , <i>hua</i>
2. <i>büi</i> , <i>b'</i>	2. <i>hüi</i> , <i>hü</i>	2. <i>pia</i> , <i>p'</i>	2. <i>jia</i> , <i>j'</i>
3. { <i>lü</i> , <i>l'</i>	{ <i>nai</i> , <i>na</i>	{ <i>n'</i>	{ <i>n'</i>
3. { <i>tuhu</i> , <i>t</i>	{ <i>naha</i>	3. <i>nia</i> , { <i>s'</i>	3. <i>naya</i> , <i>n'</i>

II. Pronombres posesivos
Arhuaco. Guagiuro.

Sing.	Plur.	Sing.	Plur.
1. <i>da</i>	1. <i>wa</i>	1. <i>ta</i> , <i>te</i> , <i>t'</i>	1. <i>gua</i> , <i>gue</i> , <i>gu</i>
2. <i>bu</i>	2. <i>hüi</i>	2. <i>pa</i> , <i>pö</i> , <i>pí</i> , <i>p'</i>	2. <i>ja</i> , <i>ji</i> , <i>ju</i>
{ <i>li</i>	{ <i>na</i> , <i>nö</i> , <i>ni</i> , <i>n'</i>	{ <i>sa</i> , <i>sö</i> , <i>si</i> , <i>s'</i>	{ <i>na</i> , <i>n'</i> , <i>nu</i>
3. { <i>ti</i>	3. <i>na</i>	3. { <i>sa</i> , <i>sö</i> , <i>si</i> , <i>s'</i>	3. { <i>sa</i> , <i>si</i> , <i>su</i>

III. Pronombres demostrativos.
Arhuaco. Guagiuro.

<i>kia</i>	<i>chi</i> , <i>chira</i>
<i>tuhu</i> , <i>turreha</i>	<i>tu</i> , <i>töra</i>

IV. Pronombres interrogativos.
¿quién? arh. *jallikai*; *guag.* *janá*
¿cuál? arh. *jallikai*; *guag.* *jarár*
¿qué? arh. *hallican*; *guag.* *casá*.

El prefiere *ja* es característico de muchas palabras interrogativas en la lengua arhuaca, lo mismo que en guagiuro.

pulga: arh. *cáiba*; *guag.* *jáyaba*.

Querer: arh. *c-anissin*; *guag.* *asin*, *alshin*.

Rabo: arh. *ihí*; *guag.* *üsi*, *süsi*, *sösi*.

rama: arh. *adenna*; *guag.* *sutuna* [las mismas palabras significan en ambas lenguas también "ala"].

raya [pez]: arh. *kiraha* [pozo con raya]; *guag.* *keraguá* [el pez mismo].

retoño: arh. *ibissi*; *guag.* *ca-ichissa*.

rodilla: arh. *úculu*; *guag.* *arúri*, *urúri*.

Sangre: arh. *cur-isa*; *guag.* *uasha*, *guasha*, *isha*.

sapo: arh. *sibéru*; *guag.* *ipér*, *iperüre*.

sed: arh. *jalu-cussiahüa*; *guag.* *güin-arköshl*.

sembrar: arh. *abbunun*; *guag.* *apunaj*.

sepulcro: arh. *jitti*; *guag.* *ishi*.

sol: arh. *jaddale*; *guag.* *cali*, *cari*, *cai*.

sombra [de un hombre]: arh. *úeja*; *guag.* *júya*.

sombrero: arh. *cuama*, *coama*; *guag.* *cuomo*, *cuome*.

Tabaco: arh. *yuli*; *guag.* *yuli*, *yuri*.

tener: arh. *da-munni-can* [yo tengo]; *guag.* *ta-mana*.

tobillo: arh. *acar-rupairan*; *guag.* *rupáin*, *ruáin*.

troja: arh. *barrabacoa*; *guag.* *paracacua*.

trueno: arh. *acurra-calli*; *guag.* *acurs*, *aturs*, *sutúrura*.

Uña: arh. *úbbada*; *guag.* *patáu*.

Váquira: arh. *abuya*, *abüya*; *guag.* *apushi*, *puhuchi*.

venado: arh. *cuyára*; *guag.* *uyara*.

venir: arh. *andin*; *guag.* *áint*, *éint*.

viento: arh. *aguadu-li*; *guag.* *saguáru*.

Yasca: arh. *morona*, *moruna*; *guag.* *maruna*, *marúa*.

yuca: arh. *calli*; *guag.* *a-i*, *jaí*.

Estas comparaciones nos parece que no dejan duda de que la lengua guajira pertenece á la familia arhuaca. Muchas voces son completamente iguales y otras presentan sólo diferencias que son el resultado natural de haberse cambiado ciertos sonidos por sus semejantes, de acuerdo con las leyes de la fonética general. Es sorprendente que, después de una separación de cinco ó seis siglos, por lo menos, haya aún tantas semejanzas y coincidencias en lenguas cuyas palabras no estaban fijadas por la escritura, sino expuestas á constantes alteraciones debidas á los caprichos individuales, y á la vida errante y azarosa de la tribu entera.

[1] Para evitar interpretaciones erróneas, debemos observar que las etimologías de los numerales guajiros por 7, 8 y 9, las publicamos ya en julio de 1887 en nuestra memoria sobre las afinidades etnográficas de los guajiros [Actas de la Soc. Antrop. de Berlín, año citado, pág. 435]. De allí las tomó, con varias otras cosas, el autor de los "Indios Borinqueños" [Puerto Rico 1889: pág. 127, 128].



EL ANGEL DE LOS NAÚFRAGOS
por Carlos Esterrer

LA VIRGEN DE LA FAMILIA TOVAR

En las remotas épocas de la historia de Caracas y de todas las capitales de la América española, sólo por dos medios se alcanzaban títulos y honores: sirviendo al Rey ó sirviendo á Dios. La conquista y pacificación de los indios; la defensa de las costas atacadas por filibusteros codiciosos, defensa espontánea donde el súbdito sacaba de su peculio el sostenimiento de los defensores del patrio suelo; los empréstitos hechos al monarca ó á la nación que pagaba, si podía, ó indemnizaba con algo que halagara á la vanidad más que á la codicia; el sos-

tenimiento del culto católico, que consistía en crear alguna cofradía y ser de ella mayordomo, levantar algún templo, reconstruir otro, contribuir con regalos y buenas obras al sostenimiento de rumbosas fiestas religiosas, eran causas elocuentes para exigir del monarca empleos y aspirar á títulos nobiliarios.

Estaba en la índole y educación de la nación española que lo había heredado de las sociedades antiguas que siguieron al triunfo de la cruz, encomendarse á todos aquellos mártires dignos de santidad y de veneración por haber sembrado virtudes excelsas en el sostenimiento de la fe cristiana. Con los conquistadores entraron en América los santos del martirologio, así fue

que cada familia, cada templo, cada aldea, cada ciudad, tuvo protectores y patronos. Ya en otro escrito hemos hablado de las tres Vírgenes que con los nombres de Chiquinquirá, Copacabana y Guadalupe, figuraron en Cundinamarca, Perú y Méjico.

A proporción que familias de España se establecieron en Caracas, desde fines del siglo XVI, cada una de ellas se instaló con sus penates al pie del Avila, dedicándose al Santo ó Virgen de su devoción. Así, la familia Mijares de Solórzano protegió el culto del Crucificado; la de Ponte tuvo la Virgen del Carmen; la de Bolívar, lo mismo que la de Rodríguez Toro, se fijaron en la Santísima Trinidad. La de Pacheco aceptó la Guadalupe, la Santa Familia perteneció á la de Avila, las de Alonso Gil é Istúriz que eran una misma, continuaron en Caracas como en España, su devoción al Cristo de Burgos. Aceptó la colonia española en Caracas, después de fundada la República, á la virgen del Rosario, cuya imagen fué donada por Felipe II á los dominicos de esta capital. Los hijos de las islas Canarias se dedicaron á la Virgen de Candelaria, y á ellos se debe el templo y parroquia de este nombre. Los negritos de Altagracia optaron por la virgen de este nombre y fundaron la cofradía de Dolores; los de San Mauricio se hermanaron con el Bautista y fundaron la cofradía de San Juan.

La familia Tovar desde comienzos del último siglo aceptó con estusiasmo el culto á la virgen de Guía. ¿De donde venía esta virgen? ¿En qué lugar de España había tenido su aparición? Como había llegado á Caracas?

Recordemos la tradición castellana para en seguida hablar á nuestros lectores de la aparición de la imagen en los mares de Maiquetía, ahora ciento sesenta y más años.

Era el siglo XVI. En Andalucía el duque de Arcos de la Frontera, don Rodrigo Ponce de León, había salido en cierto día de la ciudad de Sevilla con el objeto de pasear los vecinos campos de Castilleja de la Cuesta. Espléndida estaba la tarde, vegas y montañas sonrefan, perfumada soplabla la brisa, cuando al descender el sol, el duque quiso retornar á la ciudad. Bajaba el coche la cuesta, cuando las cuatro mulas conductoras se detuvieron de improviso al pie de aquélla, doblando las rodillas delanteras. Admirado el cochero de suceso tan imprevisto, trata de levantar los animales cuando ve que es imposible. Don Rodrigo distraído adentro no sabía lo que pasaba, y extrañando la parada, gritó en repetidas ocasiones, *guía, guía*; á lo que contestó el criado. "Señor, las mulas han doblado las rodillas delanteras y no pueden levantarse."

En esto se apea el duque y ve á las mulas postradas de hinojos. El cochero trata de pararlas estimulándolas con el látigo y nada se consigue. Don Rodrigo, según refieren los cronistas españoles, comprende que en aquello hay algo de sobrenatural que era necesario investigar,—y poniéndose en observación el duque y cochero, encontraron que al pie de la cuesta, frente á las mulas, entre grietas, se asomaban ráfagas de vivísima luz que apagaban los destellos del sol poniente. Al instante Don Rodrigo despacha á su cochero á Castilleja de la Cuesta en solicitud de hombres armados de instrumentos agrícolas, para así penetrar en las hendiduras del talud. Llegan los trabajadores y á poco aparece ante estos y el duque, una gruta llena de flores que tenía en el fondo una imagen bellísima de la Madre de Dios, de la cual partían los destellos de luz que obligaron á las mulas á caer de hinojos.

A tal descubrimiento salió el pueblo en masa, y el duque lleno de entusiasmo, juzgándose ser el instrumento de que se valía la Providencia para el culto de la Virgen, ofreció levantar una ermita en aquel lugar, y dispuso que llevaría el nombre de *Nuestra Señora de Guía* que los moradores del pueblo aceptarón desde entonces como patrona y protectora de Castilleja de la Cuesta.

Concluida la ermita, fijóse el día 2 de julio como fiesta de la Virgen. Desde entonces han pasado cerca de tres siglos, y aunque el fervor religioso ha tenido alzas y bajas, y son el tiempo y la inconstancia humana, agentes de destrucción, todavía, aunque en ruinas, se conserva la ermita que levantara á la Virgen de Guía el duque Don Rodrigo Ponce de León. (1)

La aparición de la Guía en Caracas tiene otro origen. Refiere la tradición y lo testifica el Padre Navarrete en su libro de crónicas, que la imagen tan venerada y estimada que se conservaba en la antigua ermita de San Mauricio, apareció de la siguiente manera. Al poniente del puerto de La Guaira, en la costa de Maiquetía, vióse en

(1) FALLER.—Año de María ó colección de noticias históricas, leyendas, ejemplos, etc., etc., vol. 4º

cierta mañana de una época que no se indica, un cajón pequeño que flotaba sobre las olas y tenía escrita la palabra *guía*. Al instante se dirigieron hacia el bulto algunos pescadores de la costa, traen la caja, y delante de las autoridades civil y religiosa la abren, sin encontrar en ella, ni papeles de referencia, ni documento alguno que hablara del contenido, el cual consistía en un bellísimo bulto de mujer que parecía la Virgen María, con los ojos dirigidos al cielo. Pasmada toda la población de Maiquetía con semejante aparición, determinaron los eclesiásticos dar parte del hallazgo a la autoridad episcopal. Ve esta el santo rostro, y movido de celestial impulso, dice el cronista Navarrete, dispuso que se completase al bulto con el resto del cuerpo y manos y se tratase de formar una escultura completa. Púsose á la escultura niño en el brazo izquierdo, cetro en el derecho. Y así quedó venerada, desde entonces hasta ahora pocos años, en que fué demolido el antiguo templo de San Mauricio, Nuestra Señora de Guía. (2)

Este suceso tuvo efecto en los primeros años del siglo XVIII.

La familia Tovar que se había establecido en Caracas desde mediados del siglo XVII, aceptó el culto á la virgen de Guía por los años de 1735 á 1738.

Existe en Caracas, en la avenida Oeste, una casa antigua de hermoso portón y tres ventanas, marcada con el número 132. En cierta época del pasado siglo, (parece que el edificio de que hablamos construido por los años de 1724 á 1726, resistió al fuerte sacudimiento de 1766 y al terremoto de 1812), conocíase en el poblado con el nombre de *la casa del martillo*, por causas de que hablaremos más adelante. Casa solariega de la familia Tovar en ella vivieron y murieron muchos de los miembros de esta distinguida familia, cuyo timbre principal consiste en haber proporcionado, en toda época, desde sus orígenes, varones útiles al patrio suelo, contribuido al ensanche de la agricultura, de la cría, de la enseñanza, haber dado hijos ilustres al clero, á las bellas artes, á la sociedad venezolana, hasta coronarse, al comenzar la revolución de 1810, con la exaltación de uno de sus principales hombres, el eminente Martín Tovar Ponte, uno de los principales factores de la emancipación de Venezuela, y uno de los primeros personajes en nuestras juntas, diputaciones, campos de batalla, congresos, gobernaciones, etc., hasta 1842. Espíritu recto, patricio de grandes quilates, carácter popular, vive aun su nombre en la memoria de las generaciones venezolanas que se suceden, como el de Aristides en los pueblos y ciudades de la antigua Grecia.

La *casa del martillo* fué una de las fincas mimadas de la familia Tovar. En ella vivieron don Diego de Tovar y Galindo, después uno de sus hijos, don Diego Tovar y Blanco y más tarde, el Presbítero don Antonio Tovar y Blanco, dueño de la posesión llamada Mariara. En 1740, don Antonio fundó un censo á favor de su hermana doña Catalina de Tovar y Ponte. Desde esta fecha comenzaron en San Mauricio las fiestas de la familia Tovar á la Virgen de Guía que se celebraba el 2 de julio. Y con tanto fervor inició este culto, que se impuso cada uno de los miembros de la familia dejar algo en su testamento para las fiestas y conservación de la virgen. Varones y hembras iban desapareciendo y el culto religioso continuaba como una imposición tan honrosa como satisfactoria á todos y cada uno de los miembros de la familia.

Era de tono en la Caracas del pasado siglo que cada fiesta religiosa comprendiese un octavario. La familia había creado una cofradía con el nombre de cofradía de la Virgen de Guía, en la cual figuraban los miembros de ella y sus esclavos, pudiendo más tarde agregarse los esclavos que quisieran. Vestían hábito blanco con cintas blancas. Al llegar el día de la fiesta, toda la familia, llevando flores, asistía á ésta, y concluía la ceremonia se cantaba un responso por los muertos de la casa. No había bautismo, matrimonio, súplica que no presenciara la Virgen. La imagen de ésta figuraba en Mariara, en la Vega, en los llanos y en todas las propiedades de la familia, conservándose aún cierta pintura que lleva en la mano izquierda, no al niño Dios, sino un condecito de gracioso garbo, vestido á la usanza de los pasados siglos. ¿Es tal pintura creación del viejo duque de Arcos de la Frontera en el siglo XVI, ó pertenece á la familia Tovar, después de haber obtenido uno de sus varones el título de conde, en 1773? Rechazamos la pregunta por inoportuna.

De obligación era que la procesión de la Virgen



EL ANGEL DE LAS TUMBAS
por J. Beyer

de Guía saliera en el último día del octavario y pasase por la casa de don Diego Tovar y Galindo. En uno de los octavarios de aquella época, 1740 á 1750, la procesión que había salido de San Mauricio y llegaba á la puerta de don Diego, cuando de repente inesperada lluvia pone en desorden el acompañamiento y en conflictos á los cargadores de la imagen. Tratan éstos de abrigarse en la casa solariega de la familia y al instante vese que no puede la mesa pasar por la estrecha entrada. La casa, aunque hermosa, tenía un portón reducido, de acuerdo con el angosto corredor de la porción oriental del patio.

¿Qué hacer en tan apurado trance? Todos los propietarios de las casas vecinas se ofrecieron á recibir la Virgen, pero don Diego, herido en su orgullo, prefirió que la imagen se mojara antes de recibir hospitalidad en casa que no fuera de alguno de los miembros de la familia Tovar; así hubo la imagen de retroceder á San Mauricio adonde llegó bañada.

He aquí á don Diego preocupado con el percance de que la entrada de su casa no hubiera podido permitir el paso de la virgen y el que ésta hubiese sido bañada por el agua. ¿Qué hacer? Contiguo por el este con la casa Tovar, estaba un solar perteneciente á la familia Piñango, de donde viene el nombre de la esquina así llamada. A duras penas pudo el de Tovar conseguir que le ce-

dieran un pedazo para ensanchar así el portón y corredor de su casa solariega. Llevóse á término la obra y presentóse espaciado el zaguán con el martillo á la derecha del corredor, en tanto que el vecino, al construir la casa actual, tuvo que ocultar con engañosa persiana la escotadura que se dejó hacer en la suya.

Desde entonces y por muchos años, llamóse á esta finca de la familia Tovar, la *casa del martillo*.

Era natural y estaba en la vanidad de la familia que vencido el inconveniente, la Virgen de Guía aguardase el próximo octavario, para entrar triunfante en la casa de sus protegidos y pasar la noche en el zaguán y martillo de la casa convertidos para este acto, en espléndida y graciosa capilla. Así debía suceder. Salíó la procesión en la época indicada, recorrió las calles que acostumbra y entró la Virgen en la casa de don Diego, donde la velaron con gran pompa los miembros de la familia Tovar, en tanto que el público la veneraba desde la calle. A la siguiente mañana, acompañada de numerosa concurrencia, la Virgen salía para San Mauricio, donde fué obsequiada con nueva fiesta.

Doña Ana María, la matrona más anciana de la familia frisaba en los noventa años, y aunque achacosos, no faltaba á la fiesta anual de la patrona de su hogar. A proporción que envejecía, le pedía á la Virgen que le diera la muerte porque ya estaba

(2) NAVARRETE. (Fray Juan Antonio) Arca de letras y teatro universal.—1 vol. manuscrito.—Biblioteca Nacional.

demás en el mundo; pero que ésta debía acaecer durante el octavario. Así pasaban años tras años y la señora continuaba en sus súplicas, cuando al cumplir los noventa y dos años, en 1808, en los últimos días del mes de junio, hizo reunir enderredor de su lecho á todos sus parientes é indicó á las jóvenes de la familia que llevaran á la Virgen flores de los campos, porque la celestial patrona le había revelado que dejaría el mundo en el próximo octavario.

Llega el 2 de julio, día de la fiesta, y la señora oraba. Pasan los días 3, 4 y 5 del mismo mes y la señora continuaba orando. La familia asiste á las ceremonias del 6, cuando la anciana, sin que lo notaran los que la acompañaban, cierra los párpados y se entrega al sueño eterno. Cuando regresaron las niñas de la familia, encontraron muerta á doña Ana María. La Guía se la había llevado antes de concluir el octavario.

Ochenta y cuatro años han corrido después que dejó el mundo esta tan devota como caritativa señora. Desde entonces el culto de la familia Tovar á su celestial patrona continuó, como herencia de familia; pero llegó cierto día en que comenzó á menguar el sentimiento religioso de los antiguos tiempos, en que fueron extinguidas las cofradías y hermandades, en que la nueva civilización iba á derrocar á la antigua. Cuando llegó el momento de derribar la vetusta ermita de los mártires Sebastián y Mauricio, para levantar la Santa Capilla, en las vísperas del centenario de Bolívar, Monseñor Ponte distribuía los santos, altares y ornamentos del derruido templo, cuando se presentó el único que quedaba de los hermanos de la Cofradía de la Virgen de Guía; el maestro Madera.

—¿Quieres llevarle á Nuestra Señora de Guía, preguntó el Arzobispo al maestro?

—Con entusiasmo lo llevaré á mi hogar, contestó el buen anciano; pero que venga con sus compañeros Santa Efigenia y San Benedicto.

—Concedido, contestó Monseñor.

Desde entonces la Virgen de Guía que apareció en aguas de Maiquetía por los años de 1720 á 1730, dejó el templo para habitar casa particular, la del maestro Madera.

Ya los descendientes de la familia Tovar no rinden culto á la protectora y patrona de sus antepasados. Los tiempos van cambiando y con ellos los usos y costumbres, en todas las zonas, en todos los pueblos de la tierra.

Tornemos ahora á la casa del martillo. Este, ¿dónde está? Quizá oculto tras bosquecillo de verdura. ¡Cuánta sorpresa al penetrar en el corredor de esta antigua casa! Las miradas vagan, queriendo detenerse en algo, y es á poco, cuando el visitante se fija á contemplar las diversas agrupaciones vegetales del bellísimo recinto. Patio, corredores, arcadas, paredes, todo, todo, está convertido en jardín encantado. Por donde quiera levantan sus penachos palmeras jóvenes, se aseman las hojas coloridas de los euforbios y del crotón y de las graciosas begonias que se mezclan con espárragos y helechos que aparecen como aglomeraciones de encaje de seda color de esmeralda. Grandes y ricos jarrones de la cerámica francesa decoran los corredores y sobre ellos prosperan elegantes alocacias, con hojas de brillo metálico, anturios, caladios con las gracias de la primavera, azaleas, camelias y otras plantas exóticas en dulce confraternidad con las hijas del trópico.

Rosales, pelargonios, begonias con flores color de escarlata, cubiertos los pies con alfombras de verdor, naranjillos enanos de Otaiti cargados de rubias pomos, se mezclan con azucenas exóticas que se yerguen altaneras al levantar sus tallos floridos en solicitud de la luz. De los arcos penden cestillos cargados de plantas que caen en festones, y de las paredes y techo, pequeños leños cubiertos de musgo donde prosperan orquídeas reinas de nuestras montañas. Cuando llegan los días de mayo y junio, patio, paredes, columnas, arcadas y hasta los aleros del patio, aparecen cubiertos de numerosas *Calceyas*, de variados matices, desde la blanca y la violada hasta la amarilla, y la encendida, que embalsaman el ambiente con su delicada fragancia. Hemos llegado á contar hasta ciento noventa de estas orquídeas que decoran el pequeño jardín de Armida. Al fenecer cada flor, desaparecen los leños y van á invernar, si así puede decirse, en los patios interiores, para tornar al siguiente año; mas no por esto desaparece por completo la catleya, que por lo menos hay diariamente alguna que apartada y solitaria atrae las miradas en este templo de verdura.

Cuando cesa el aroma de las catleas, aparece

en el variado recinto, el de los pelícanos y cigarrones, orquídeas también admirables por su porte, por sus formas. Así se renueva este nuevo incienso que en espirales invisibles elevan las orquídeas generosas á la diosa Flora.

El que sorprendido en presencia de tanta belleza vegetal, pasa del jardín á la sala, tropieza en ésta igualmente, con jarrones de bello porte donde prosperan *pandanus* de porte elegante, palmitos y lirios, gladiolos y eucaris que salen de sus escondites para ostentar sus gracias en la sala de la casa. Por todas partes la cerámica moderna alterna con las hijas predilectas de la inmortal Flora, en tanto que aves mudas, de rico plumaje que perdura, pero sin canto, asoman sus picos mudos por entre el follaje del frondoso jardín que es una de las riquezas de la casa del martillo.

¿Quién es la dueña de este edén? Una anciana con corazón de niño; espíritu gentil, cultivado, alma caritativa, abnegada: es la parte eterea de la familia que en esta casa mora.

Subamos ahora, que una escalera alfombrada nos indica el camino. Vamos á visitar el desván de un anticuario, después de haber contemplado el jardín de Armida. Una tarjeta sobre la puerta de entrada nos llama la atención, y en ella leemos estas frases del poeta inglés Keats: *A thing of beauty is a joy for ever: Un solo objeto de arte basta para regocijar eternamente el corazón*; lo que en traducción libre, podría decirse: ni las riquezas, ni el poderío, ni la gloria, ni el éxito son las únicas fuerzas que pueden amar y contemplar el ideal del arte. También el pobre, el espíritu solitario, pueden concebir la estética de la naturaleza, y las bellas creaciones de la inteligencia humana, en lo que tienen de celeste, de eterno. No hay necesidad de riquezas para contemplar lo noble y lo bello: la pobreza posee igualmente la intuición del espíritu, del arte, en sus misteriosas confidencias con el alma humana.

Abramos. Estamos ya en el interior y nuestras miradas vagan por todas partes sin poderlas fijar. Las paredes de este santuario de la meditación y del arte están cubiertas por completo de cuadros antiguos y modernos, de bronce, de platos y espejillos antiguos, de brocados y tapices que han hecho desaparecer el empapelado de los muros. Todos los muebles de este recinto son de caoba, de palo de rosa, ó de maderas americanas; representan la Caracas de antaño, y están cubiertos de tisús y brocados antiguos. Los objetos de cerámica alternan con las estatuas de bronce, los cuadros de pintura con objetos de marfil, con estatuas de hierro, de *terra cotta*, é innumerables objetos del arte indígena, en su época prehistórica. Quiches, Aztecas, Incas, Chibchas, Caribes, Haitinos, Cumanagotos, Caiqueties, y otros pueblos de la América prehistórica, tienen sus representantes en las consolas que adornan las salas del anticuario que mora en esta mansión. El arte antiguo fraterniza con el arte moderno: copias de Murillo, de Velázquez, de Rafael, de Correggio, de Guido Reni, alternan con originales de las escuelas modernas de España y de Francia. Y en medio de tantas pinturas, se asoman con sus obras los artistas venezolanos, como Lovera, Martínez, Carranza, Tovar, Michelena, Rojas, Herrera, Muzy, Blet, Boggio, Davegno, Rivero, etc., etc., que alternan con los bronce de Clodion, de David y de Barye, con los mosaicos de Florencia y los que dejaron los árabes en España, y en la Española los castellanos del siglo XV. Jarrones del arte oriental y miniaturas cerámicas de Sevrés, de Sajonia, y recuerdos de Roma, de Pompeya, acercan civilizaciones distantes, como para manifestar que el arte, con su elocuencia, aproxima los pueblos y los une por la fraternidad de la belleza.

Y si de una sala se sigue á las otras, por todas partes brillan las estofas y brocados, la cerámica, la escultura, la pintura, y también la bibliografía, en cuanto ella se refiere á la historia del Nuevo Mundo y sobre todo á Venezuela; porque el espíritu puramente americano se cierne sobre este recinto, donde surgen en primera escala, Washington, Miranda y Bolívar y las obras cerámicas de la revolución que hizo nacer á Colombia. Este desván artístico no es museo, sino el asilo de un pecador impenitente, de un anticuario.

¿Cómo se llama? Hace más de sesenta años que le tratamos con la mayor intimidad, desde los días en que comenzó para nosotros el uso de la razón, y todavía no hemos podido penetrar en su carácter, en sus aspiraciones. Hemos hecho esfuerzos inauditos para conocerlo y nada hemos conseguido. Posee una dicha: no ama la política; y una gran virtud: la de no haber rumiado jamás la tristeza del bien ajeno.

ARÍSTIDES ROJAS.

NOCHE DE AÑO NUEVO DE UN DESGRACIADO

Era una noche de año nuevo. Un anciano, asomado á una ventana, contemplaba con el corazón lleno de angustia y desesperación el azulado y sereno firmamento que lo cubría, y la anchura y tranquilidad llanura que se extendía á sus pies. ¡Ah! nadie era aquella noche tan desgraciado como él. A su lado veía abrirse la tumba, cubierta con la nieve de la vejez, no con el verdor de la juventud. De toda su larga vida, sólo conservaba el recuerdo de sus errores y de sus faltas; su cuerpo, enfermo y achacos, encerraba un alma caduca; su edad, en fin, estaba llena de remordimientos. Los hermosos días de su juventud se agitaban como fantasmas en su mente, y le recordaban aquel momento feliz, en que su padre le enseñó por primera vez el doble camino de la vida, que por un lado conduce por la senda de la virtud, á una tierra lejana, serena y apacible, llena de luz, de ángeles y de flores; y por el opuesto se precipita por las ceguedades del vicio en una negra caverna, llena de serpientes cuyos silvidos estremecen, de vapores negros y pestilentes, y de cuyo techo se desprende gota á gota el veneno.

¡Ah! él siente ya enroscarse las serpientes y oprimirle el pecho, y paladea el veneno que cae en su boca.

Lleno de angustia, levanta las manos al cielo, y — “¡Dadme de nuevo mis días de juventud! exclama, padre mío, mostradme otra vez aquel camino, para que elija de nuevo!”

Pero ni su padre ni su juventud existen ya. Mil fuegos fatuos vacilan errantes por las lagunas y se apagan en el cercano cementerio. “¡Hé ahí mis días de locura!” exclama al verlos, y una estrella que se desliza perdida por el azulado firmamento, y brillando un momento cae y se pierde, le muestra su propia imagen. “Ese soy yo,” exclama con el pecho desgarrado; y los remordimientos internan sus dientes en las heridas de su corazón.

Su ardiente fantasía forma mil espectros que vagan por los tejados: los molinos de viento levantan sus aspas amenazantes; y una hueca calavera, perdida junto á la mansión de los muertos, toma poco á poco sus mismas facciones.

Súbito oye un repique lejano, semejante al sonoro canto de las iglesias: la torre de la cercana capilla anuncia la llegada del año nuevo, y éste toque armonioso lo entristece más aún; dirige su vista al lejano horizonte, contempla á sus pies la tierra, y piensa en los amigos de su juventud, que más felices que él, son ahora padres dichosos de una numerosa familia, y exclama: — “¡Ah! yo podía, como ellos, pasar en apacible reposo esta noche si lo hubiese querido. ¡Yo podía ser feliz, padres amados, si hubiese seguido vuestros consejos!” Su febril imaginación, exaltada con el recuerdo de sus días de juventud, le hizo ver levantarse la calavera y dirigirse al cercano cementerio, transformada en un joven lleno de fuerza y vigor.

El anciano no pudo ver más. Cubrióse el rostro con ambas manos, y lágrimas ardientes surcaron sus mejillas apagándose después en la nieve. Fuera de sí, gritó de nuevo aún más abatido y desolado. “¡Volved, días hermosos de juventud y de vida, volved!.....”

Y volvieron, porque todo había sido un sueño. Se vió joven aún, y lleno de salud; y sólo eran verdad sus errores y sus desvarios. Entonces dió gracias al cielo porque podía aún abandonar la senda del error, y dirigirse por el camino de la virtud á la hermosa tierra de la felicidad.

Vuelve tú también; oh lector! pues aún es tiempo. Este sueño será pronto tu juez inexorable, y cuando lleno de amargura exclames: “¡Volved, días de juventud!.....” no volverán.

RITCHER.

Solución á la Charada del número 24

ESQUELETO



MORTA AL MONDO



GENERAL MEDARDO MEDINA

DON CECILIO ACOSTA (I)

Don CECILIO ACOSTA, poligloto, orador y escritor elocuente, jurista y literato de gran valía a quien el continuo trabajo rindió más gloria que provecho; hombre integérrimo, que dobló la frente a la adversidad antes que la rodilla al poderoso.

(Manuel Tamayo y Baus. —Resumen de Actas de la Real Academia Española.—1881)

Desapareció sin ruido; no porque su muerte dejase de producir tempestades de dolor en todas las almas que le amaron; no porque la modestia de su vida y la penuria en que ésta se extinguiera fuesen parte á que nublado de indiferencia ocultase lo que sólo había de ser ligero eclipse de su gloria; ni menos porque faltasen en la ocasión, el reclamo de las letras viudas, el de las ciencias en abandono, el de la virtud sin claro espejo, y el de la patria, madre por él tan amada, sin consuelo. Un silencio mil veces peor que el de la muerte, aquel que impone el despotismo, debía recibir y apagar el último suspiro del gladiador del pensamiento, vencido por el infortunio. Guay del que fuese osado á turbar aquel silencio! Mazmorra y muerte le aguardaban. (2)

Apenas once años transcurridos desde el triste fin de Acosta, la generación literaria sucesora de aquella á que él perteneció le venera en trinidad con Bello y Baralt en el cielo de nuestras letras. ¿Quién podrá negarle este derecho? La inflada vanidad asciende de ordinario precisamente porque nada pesa, pero condenada á caer tarde ó temprano; en

tanto el mérito real gravita más mientras reside en el sér, y sólo asciende hecho abstracción, llevado por la posteridad á las cumbres de la gloria. Allí le contempla, como á Lázaro en el seno de Abraham, el mezquino vanidoso desde el infierno de la envidia.

Con clarísimo entendimiento, admirable retentiva y poderosa fantasía, CECILIO ACOSTA llegó á poseer conocimientos tales que, si de historia se trataba, parecía sobreviviente de todas las generaciones pasadas, testigo de todos los sucesos narrados por ella, según eran para él de familiares; y, profundo filósofo, le atraían estos estudios halagando su afán de penetrar á lo íntimo del hombre como causa, por el aprecio de los hechos como efectos.

No era para él la vida de la humanidad tan sólo lienzo que se desenvuelve ante los ojos presentando la ordenada sucesión de los hechos con sus autores: era como lento desarrollo de acción dramática con remoto, pero inevitable desenlace; era como crecimiento de árbol donde todo es fenómeno, desde la vitalidad del germen hasta la caída de la última hoja seca al pie del tronco secular; era como no interrumpido canto á la inmortal belleza, por las manifestaciones de la estética dominadora del primer espíritu encarnado; era como interminable lucha de titanes entre principios eternos, ahora dominando con legítimo derecho el bien, ahora sojuzgado éste y usurpado su reino por el mal.

Andaba por el laberinto de los siglos siguiendo, como Theseo el hilo de Ariadna, el de las obras del espíritu, en que veía el legado de una época á la siguiente, y de ésta, enriquecido, á la otra, hasta llegar á la suya, en que apenas se detenía para exclamar: «he extendido á la humanidad delante de mí como si fuese un mapa de estudio para examinar la que contiene, y he visto del un lado fósiles sólo, las petrificaciones y cenizas del error, que no sabe dejar por donde pasa sino escombros, cimientos, osarios; y del otro, el panteón de la inmortalidad donde se ven viviendo en galerías espléndidas todas las conquistas del trabajo y del talento: la industria que independiza, la riqueza que sustenta, las ciencias que ilustran, las artes que adornan, el libro que enseña, el periódico que

«difunde, el vapor que viaja, el rayo que obedece, y el derecho que va siendo ya, por los triunfos que cuenta, patrimonio común, y, lo que es más, blasón acariciado de las clases oprimidas. ¡Qué porvenir! ¡Qué gloria!» (3)

Vivía con la imaginación en todos los tiempos, preocupado sólo de aquello que para él lo era todo, como suma de las conquistas del espíritu: las letras. Así, cuando con vuelo de águila recorría los dilatados campos de la historia, apresuraba el batir de las alas cuando sentía fragor de guerra, ruido de tronos derrumbados, algazara de victoria, alarido de víctimas. Mas, si en medio de todo resonaban los acordes de una lira ó la voz de algún tribuno, allí para escuchar suspendía el vuelo.

Oigámosle:

«¿Qué queda de Roma?—Sus libros. ¿Qué de la edad media?—Sus crónicas. ¿Qué del siglo XV?—El renacimiento. ¿Qué de la edad horrible de César Borgia?—Maquiavelo. ¿Qué de la Italia humillada del siglo XVI?—Ariosto y Tasso» «Mirad el siglo de Pericles: la musa del drama y de la historia deja más para la Grecia y para el mundo que las batallas de Maratón y Salamina.» «Augusto halló su mejor título á la vida póstera en la inmortal lisonja de Horacio y de Virgilio. El reinado de Isabel de Inglaterra se nombra menos por su infame conducta con María Estuardo, que por Francisco Bacon y Shakespeare. El de Luis XIV es célebre por el esplendor del espíritu... y si el gran monarca hace gran papel en la historia es porque lleva de la mano al gran Bossuet.» (4)

Iba, así, de edad en edad la abeja de su pensamiento buscando la miel de que gustaba, para acopiarla luego en el panal exquisito de sus obras.

La historia, pues, si le presenta con las irrupciones de los bárbaros el empeño que pone siempre en dominar el derecho del más fuerte, y con la propagación del cristianismo cómo se sobrepone á la fuerza la verdad; si le muestra cómo desaparecen grandeza y poder de Roma, esplendor de Babilonia y cultura de Grecia, y cómo más tarde nace América en el cerebro de Colón, y recién nacida, ya es el continente de la libertad y del derecho; si le entusiasma con la idea religiosa sublimada haciendo desfilar ante sus ojos ejércitos mandados por reyes, que van á conquistar, no nuevos dominios, sino humilde sepulcro y pedazos de un madero, y al propio tiempo le denuncia el extravío de la misma idea á la luz de las hogueras de la Inquisición; si hace llegar á sus oídos la fórmula del despotismo con la voz de Luis XIV que exclama «el estado soy yo», y, casi de seguidas, la fórmula de la democracia con los gritos de la revolución francesa que repiten «Libertad, Igualdad, Fraternidad»; si le muestra en manos de Colón el precio de las joyas de Isabel, y luego aquellas manos con esposas, después de haber puesto á las plantas de la reina el otro hemisferio del planeta; si le lleva, como Virgilio á Dante, de los infiernos á los cielos, de los antros pavorosos del alma humana á sus regiones inmortales, es para que allí contemple él la Beatriz de sus ensueños. No sólo no es turbado el sereno concierto de sus ideas por el cúmulo de contraposiciones, sino que de todo ello su poder analítico deduce una ley de mejoramiento á que va obedeciendo el alma de la humanidad, ley reconocida por la progresiva cultura del espíritu, y ésta por el adelanto de las letras, hasta que, alcanzado el grado máximo, el alma de la humanidad desaparezca en Dios, principio y fin de todo.

«Hay en la larga jornada de la humanidad», dice, «como se nota ahondando un poco, y á veces sin ello, una estrella que siempre va, un rastro que siempre queda, de luz todo. ¿Será ésta la aguja misteriosa que marca sin cesar el rumbo del viaje, la voz de alerta dada á la peregrinación del porvenir, ó el hilo de la providencia, que, oculto á veces, á veces ostensible, burla todas las lógicas para hacer trunfar la suya y hace precipitar la corriente de los sucesos hacia sí, como hacia un centro absorbente?» (5)

Era el pensamiento filosófico la luz con que, para no extraviarse, penetraba hasta lo profundo de las ciencias cuando al estudio de ellas se entregaba, y aquella misma luz la que luego iluminaba los senos de su espíritu cuando á ellos se recogía para cosechar el fruto y darse á la labor, de que resultaba nueva y magnífica joya para los atavíos literarios de la América española.

En pocos escritores de los que no sientan plaza definitiva de filósofos haciéndose autores en la ciencia, se vé de tan manifiesta manera al pensamiento filosófico presidiendo en todas las lucubraciones. Léanse sus escritos sobre historia, sobre derecho, sobre artes, sobre literatura, y véase cómo de las distintas sendas que al pensador ofrecen esos campos él escoge siempre la misma, aquella adonde

(1) Párrafos tomados de un escrito que, por su extensión no puede publicarse íntegro en este periódico, es lo que, con ocasión de publicarse el retrato de Don Cecilio Acosta, tenemos la satisfacción de presentar como un modesto homenaje de admiración al suyo, y como un tributo de cariño á la memoria del maestro y del amigo.

(2) «Ante el recién abierto sepulcro se oyeron las frases de pesar que, en amoroso acento, dejó escapar del pecho acongojado el Doctor Don Pablo Acosta, su digno y muy querido hermano; y luego á luego el homenaje de la patria, dirigida á un tiempo y contrariada en su deber de honrar al hijo ilustre, en la elocuencia varonil del señor Pro. Doctor Don José León Aguilar. Bastáronle á éste pocas palabras para interpretar los comprimidos sentimientos de todos los presentes; y bastáronle también para atraerse con ellas cruel y pertinaz persecución.»

(Victor A. Zepa. «Parnaso Venezolano» de A. Bethancourt é hijos. Serie 1ª, tomo X.)

(3) Discurso pronunciado en la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras de Caracas, el 8 de julio de 1869.

(4) Discurso citado, Nota 3.

(5) Véanse notas 3 y 4.



EL PEOR DE LOS PEORES, POR BENJAMIN VAUTIER

convergen las demás, la que conduce directamente al alma del hombre como término inmediato y va á perderse en Dios como causa de las causas. De aquí la concisión de su estilo sin retoques y cortado para vestir al justo las formas de la idea; y, como consecuencia, aquella inimitable sobriedad, desesperación de los que escriben y fruto de la inteligencia en consorcio con el saber metódico y derivado de purísimos principios.

Como corroboración de lo que dejamos dicho vamos á reproducir párrafos de un escrito que, sobre el mismo asunto, vió la luz pública en 1889, obra de nuestro hermano J. de D. Méndez, hijo:

«Asonibra en sus escritos aquella mirada intelectual eminentemente filosófica, que ora cae, llena de poder, sobre la causa y la fecunda hasta hacerla producir la última de sus consecuencias; ora domina la confusa aglomeración de los fenómenos para armonizarlos en la síntesis y atarlos á la ley; y esto con el colorido de una imaginación creadora, que ve en cada nube de polvo germinar selvas enteras que contiene, y transforma el caos en serenidad de espacios, en luz y atracción de soles, en armonía de movimientos y en belleza universal.

«Su palabra resuena en el sarcófago de la historia como la trompa apocalíptica; el polvo de los siglos vuelve á ser sangre que corre y lágrimas que se vierten, y los profundos osarios devuelven á la vida los héroes y los sabios que ejecutan de nuevo ante nuestras atónitas miradas los actos ya pasados de la tragedia humana: Se vuelve al porvenir, y nos muestra la serie de los siglos futuros como la sucesión de las olas de un océano cuyos límites no se alcanzan; una faja de luz riellando en ellos, que marca el rumbo del progreso; y el astro que la irradia desde el cielo, que es la Providencia.» (6)

Armonizaban con las dotes intelectuales de CECILIO ACOSTA sus altas virtudes cívicas y privadas. Era cuanto íntegro, patriota; cuanto sabio, modesto; cuanto modesto, leal y consecuente; y por cima de todo hijo amantísimo. No pronunciaba el nombre de la que le había dado el ser sin que el llanto nublase sus ojos. En este amor por la madre, rayano con el delirio, se asemejaba á Edmundo de Amicis: más de un punto de contacto hemos hallado entre estos escritores.

La anciana, madre afortunada de aquel hombre que sólo vivió por ella y para ella, sabía medir la altura del espíritu que había encarnado en sus entrañas; había sondeado la ternura de aquel corazón de gigante para desafiar la adversidad y enfrentarse al poderoso, y de niño para reblandecerse con los afectos, quebrantarse con el infortunio ageno y henchirse de simpático entusiasmo ante todo arranque de hidalguía. La santa señora, sabiamente apercebida por el afecto para cuidar de la delicada textura de aquel excelso espíritu, le mimaba como si no hubiese su hijo salido de la infancia.

Niños éramos cuando la Real Academia Española de la Lengua le nombró miembro suyo en la clase de correspondiente extranjero; y con la misma emoción sentida entonces, recordamos hoy los incidentes del día en que la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras de Caracas, celebró junta solemne para rendir homenaje de gratitud á aquella ilustre corporación por la justa honra hecha al compatriota. Aún recordamos cómo en aquel acto hizo temblar la tribuna la varonil elocuencia de Antonio Leocadio Guzmán; cómo la palabra de Seijas, suave, castiza y atildada, era para nuestros oídos correr de arroyo sobre lecho de césped. Apareció Cecilio Acosta en la tribuna y empezó su discurso con visible emoción: iban sus primeras palabras encaminadas á presentar su gratitud á los autores de la honra que recibía y á invocar para sí la bendición de sus padres en ocasión tan señalada. «La bendición de los padres, dijo, lo sé por experiencia, allana todos los caminos y fecunda todas las obras.» Llegó á tal grado en este punto su emoción que cortóle un sollozo la palabra; torrente de lágrimas desbordó en sus ojos, y por no breve espacio se vió á un príncipe de los clásicos americanos sollozar en la tribuna, esforzarse por recobrar serenidad, y tornar delante del concurso conmovido á los tiernos desahogos de su alma. Si fué elocuente luego en su discurso dígalos este mismo, brillantísima página de nuestras letras, modelo acabado de piezas oratorias. (7)

Terminado el acto, el concurso todo acompañó á CECILIO ACOSTA hasta su modesta vivienda. Allí, alumbradas las imágenes, le aguardaba la anciana venerable, quien estrechada por los brazos de Antonio Leocadio Guzmán oyó de él estas palabras: «Señora, su hijo ha pronunciado hoy el discurso más elocuente que ha llegado á mis oídos.»

Muerta años después la virtuosa matrona, el alma de ACOSTA se partió con el dolor. Empezó á declinar su vida, como planta sin riego, al faltarle la tierna solicitud del ser angélico objeto de su existencia; le azotó sin piedad el infortunio, y débil, triste y resignado rindió la vida en el seno del Creador.

«En la posteridad sólo para la virtud hay honra y para el talento laurel.» (8)

EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA.

Diciembre de 1892.

A CLODIUS

DEBERES DEL PATRIOTISMO

Libres un tanto ya de ocupaciones, entramos en la grata tarea de contestar á *Clodius* la réplica que hace á nuestro artículo con el mismo título que el actual, publicado en «El Federalista» de 15 de diciembre último. Deseábamos esta ocasión: provocados, nos parece mejor montar á la tribuna que de propio impulso; así ni hay magisterio que echar á la cara, ni amor propio que poner del lado de la sospecha. Siempre es bueno decir lo que uno es: somos humildes por pensamiento reflexivo; pero no tanto cuando se trata de creencias de convicción. Entonces, en la necesidad de defenderlas, la ciudadanía debe hacerse activa, y el temor resuelto; y olvidando hasta donde es dable delicadezas vanas, decirse la verdad desnuda y la doctrina severa. Pagamos con esto tributo al deber, que es sagrado, y á la sociedad que lo reclama. En ese campo deben poner todos su planta ó su simiente, desde la que da la yerba de los campos, hasta la que alza el cedro del Líbano.

Los conceptos que preceden no son un aparato estéril. Tildados nosotros por *Clodius* de dogmatismo, honor que abandonamos á quien toque, y que no debe de ser bueno pues se censura, no queda para nosotros, según él, sino el *ciego sistema*, y tan ciego como insensible, es decir, el que condena sin ver, y juzga sin comparar. Nosotros, ni peleamos ni vencemos, dice nuestro ilustrado adversario, sino que *degollamos*. Prescindiendo de la metáfora, hay dureza en esto: nuestra palabra ha ido blanda, nuestras reflexiones comedidas, y hasta hemos tenido el cuidado de tocar las partes lastimadas con dedos de seda. No hemos aludido á situación determinada, no hemos mostrado á nadie designándolo; y aún siendo lo contrario, ni sería el derecho otra cosa que santo, ni los fines menos que generosos y patrióticos. A nadie hemos ofendido, á nadie hemos querido ofender. Pues si son estos nuestros hermanos; pues si es también nuestra la causa de la libertad; pues si hablamos en familia; pues si es esta nuestra patria, que tanto amamos, tierra bendita, donde el odio social no es índole, tienen los mares perlas por asiento, pisan las bestias oro, y es pan cuanto se toca con las manos.

No: *Clodius* no ha andado justo aquí. Toma nuestras ideas, las confunde, las amasa, y las mete en su molde para darles la figura de su crapicho. ¿Con qué derecho, si no se lo damos, saca él de nuestras generalidades alusiones, y dando diferente colorido á nuestro pensamiento, improvisa retratos que no hemos querido formar? Su entendimiento es harto claro, su habilidad como escritor está á la vista, para que él necesite de tales sutilezas. Consérvese á su altura, no personifique la causa, y deje que la libertad de escribir no sea sólo concesión del que manda, sino propiedad también del que obedece. Entramos ya en materia.

Escritos como este, por fuerza han de resentirse de su propia naturaleza: como no son el desenvolvimiento seguido de una idea única, no corren como sobre un plano inclinado, sino que marchan como á saltos; porque es preciso ir acá y allá, donde quiera que esté el enemigo, para combatirlo. En este artículo contestamos á *Clodius*; y si nos viene en gana, y más que todo, si la ocasión sonríe, seguirán otros artículos, como complemento de ideas anteriores, ó desarrollo de temas indicados.

Clodius tiene mejores posiciones que nosotros: situado tras el poder, que él mismo ha interpuesto entre él y nuestra humilde persona, nos llama así á la lid. No pretendemos desalojarlo: allí está bien él, y nosotros también estamos lo mismo donde estamos, porque las ideas no conquistan terreno sino creencias. Y luego, es tan santo el propósito, es tan noble la causa, que es la misma causa del pueblo, y tan mágicos, tan poderosos é inmutables el acento de la libertad y la voz de la razón, que eso, lejos de inspirarnos temor, nos da osadía.

Principia *Clodius* por llamarnos partidarios, y por poner esto á mala parte. Si: lo somos, y tenemos á digno orgullo el haber sido leales á nuestra enseña. Nunca hemos sido hombres del poder, pero sí somos hombres de doctrina. Queréis saberla?—Formas representativas, efectividad de garantías, administración política que obre y que custodie, administración de justicia independiente, gobierno responsable, libertad de imprenta y de palabra, no escrita sino en acción, enseñanza para el pueblo tan extendida como el aire, instrucción científica tan amplia cual pueda ser, instrucción religiosa como alimento del alma y alma de las costumbres, libertad del sufragio, libertad de representación, libertad de asociación, publicidad de los actos oficiales, publicidad de las cuentas, camino para toda aptitud, corona tejida para todo mérito; todo á fin de que haya industrias florecientes, paz y crédito interior, crédito fuera, funcionarios probos, moral social, hábitos honestos, amor al trabajo, legisladores entendidos, leyes que se cumplan; y de que la virtud suba, el talento brille, la ineptitud se esconda, la ignorancia se estimule, y se vea, al fin, en esta obra armónica, que es la obra de Dios, una nación digna, un pueblo organizado, y una patria que no avergüence.

Por esto, por haber pensado siempre así, se nos condena: este es el partido de que somos partidarios: esta la culpa que tenemos.....

Recuerdos de nuestros primeros años! Sombras venerandas de nuestros maestros y directores! Nosotros os invocamos! Aprendimos entonces á vuestro lado ó con vuestros consejos, en libros que ha consagrado la historia, en palabras graníticas talladas en la roca del tiempo, en esos dogmas bellos á que la moral política ha dado formas ya, que la virtud es santa, que el mérito asciende, que la moral obliga, que los deberes atan, que el desorden no es ley, que el empleo no es tráfico, que el poder no es negocio, y que los pueblos no son libres diciéndoles que lo son y esclavizándolos, sino dejándoles como propiedad suya, y no absorbiéndolos por contribuciones imposibles y otros medios reprobados, el pan de la enseñanza y el pan de la familia..... Vargas, Avila, Espinosa, Cagigal, Sanabria, Narvarte, Paúl! Vosotros que pobremente vestidos, y ricamente dotados y reputados, nos enseñasteis esto tantas veces, venid, venid y defendednos con vuestra palabra poderosa, con vuestra elocuencia desinteresada: venid á probar, con vuestro ilustre ejemplo en vida y vuestra espléndida fama póstuma, que no nos engañabais, y que vuestra doctrina era ingenua, grande y bella..... Nunca llegamos á imaginarnos que en esta tierra, donde habló Zea, administró Mendoza y triunfó Bolívar, llegara un día en que se achacase poco menos que á crimen invocar la libertad para el orden, el orden para la paz, la paz para el derecho, y el derecho, como patrimonio de todos, para el progreso indefinido.

Clodius nos habrá de perdonar este noble entusiasmo: es un culto inocente, y de ese género de inocencia que tiene el indulto, porque es el resultado, de las pasiones generosas. Un grano de incienso quemado en el altar de las ideas, es siempre un holocausto digno de la libertad.

Por lo demás, y para terminar este punto, nos duele ver á *Clodius* comprendido en esa clase de resabios tan comunes en los pueblos no educados aún en las prácticas republicanas, en que se combaten los hombres y no las doctrinas, y prevalece la disputa ciega sobre la discusión generosa.

Los pueblos de la raza latina en América, justamente por esto es que no adelantan, ó adelantan muy poco (y aquí no es dogma el que viene, sino la observación). Sus partidos, de ordinario, ni aprenden por los desengaños, ni retroceden por las derrotas; ni hacen otra cosa, oyéndose á así.

(6) Juan de D. Méndez, hijo.—«Parnaso Venezolano» de A. Bethancourt é hijos, serie 17, tomo X.

(7) Principio de los clásicos americanos llamó á Cecilio Acosta el ilustre colombiano José María Samper.

(8) Palabras de Cecilio Acosta.

solos (1) que sucederse mecánicamente en el poder, como en juego de quita y pon, para volver á los mismos extravíos y ser arrastrados de las mismas pasiones. Su vida en el mando es más política que administrativa, más personal que común, más de círculo que de República: y contentos con denominaciones que toman y denominaciones que dan, que nada significan, no dejan, al retirarse, sino una lucha cruenta de más, una esperanza querida de menos, y el trabajo de volver a organizar. Labor estéril que nunca acaba, y que deja al fin las mismas formaciones caóticas de antes.

Estas Repúblicas padecen de hidrocefalia ó de plétora: toda su vida está arriba, y abajo hay poco ó nada animado. Como consecuencia de esto se nota un fenómeno que se repite: que las manifestaciones son de servidumbre ó epilepsia: que callamos ó peleamos, que pasamos de la mordaza al fusil, y que no sabemos hacer uso de ese término medio que reparte el calor en todo el cuerpo, del derecho escrito, de la palabra simpática, de la reclamación digna, de la ciudadanía respetable.

Y aquí volvemos á encontrarnos con *Clodius*. Somos enemigos de la guerra como sistema, porque amontona en vez de organizar, y crea prestigio de la fuerza en vez de prestigios de mérito y virtud: proclamamos como más fecundos los trabajos de la paz, decimos nuestra doctrina, alzamos nuestra bandera; y nada más que por eso nos cree él, y halla mal, que seamos partidarios. ¿Qué quiere *Clodius*, entonces? ¿Qué derecho, nos deja?

Ya que tocamos la guerra, es bueno decir dos palabras sobre revoluciones. Esa diferencia que trae *Clodius* entre el motín y la revolución, es sólo metafísica: sea que triunfe el uno ó la otra, viene la sanción del tiempo, que es punto y aparte. Lo escolástico muchas veces encalla en lo experimental. Sobre todo, la tal diferencia no ataca en nada nuestra teoría. Nuestra teoría es que las revoluciones destruyen y atrasan. A nada viene que sean á veces providenciales, y á veces un derecho: también es providencial el trueno que arrasa, y el temblor que aterra: también es derecho matar á uno en justa defensa, y es un hombre el que se pierde. Nuestro programa político, prescindiendo de formas, es el que da el progreso del pueblo inglés, que va lento, pero que va bien. Nuestro sistema es el del calórico, que cunde y vivifica, y no el del incendio que vuelve todo cenizas. Aunque sea menos conmovedor, siempre será más digno ver á Cobden en Manchester á la cabeza de la Liga, predicando la reforma del arancel, que ver á Marat en la tribuna de la Convención provocando á la guerra y la matanza.

No sabemos en que se funda *Clodius* para decir que *insinuamos*, es decir, que introducimos espezies, que usamos de rodeos, que ponemos disfraz á las palabras, para que signifiquen una cosa diferente de la que llevan en la forma. Una de dos: ó esto es falso, y entonces él no tiene justicia para la aserción; ó es cierto, y no tiene entonces derecho para contestar en el sentido que sospecha, porque no hay réplica sin cargo, ni cargo si no se hace expresamente. Vamos: aquí salvará á *Clodius* su buen propósito: gallardías del talento lidiador, que á veces pasea la plaza para lucir galas y armadura.

Donde ha sido *Clodius* menos feliz, es en su alusión á la política pasada. Suponemos que él abraza desde el año de 1830. Dejemos á los muertos en sus tumbas, y no turbemos ese reposo inviolable en que ellos duermen ya su eterno sueño. Ese silencio es santo: Dios mismo no habla allí, porque ya habló, y es profanación toda algarazas. Vamos más bien al pie de esos cipreses á llamar á esos muertos hermanos, y si se quiere, á llorar sin decirlo, sus errores. Para todo eso hay derecho, para otra cosa no. Por en medio de la niebla que aún no ha disipado el tiempo, tal vez se descubran nombres muy dignos, reputaciones imarcanadas, y anales que pueden ser alguna vez orgullo nuestro, nuestros anales mitológicos. No nos enpolvrezcamos: no nos auvergüemos por el aislamiento: no hagamos triza nuestra circularia: no botemos nuestras joyas á la calle: no toquemos

eternamente la misma matraca, el mismo monótono son de grillos, cadenas, pontones, cadalsos, etc. Habrá quien piense que hasta ahora no tenemos más que lo pasado: nosotros por lo menos decimos que lo pasado es nuestro, nuestra propiedad, nuestro tesoro. No queremos ser venezolanos si eso no nos pertenece.

Hay otro campo más noble donde puedan tratarse estas materias: el de la crítica severa, el de la historia imparcial, la que quita pero que da, y si condena, lo también. No todo es malo, ni todo es bueno: y los asertos absolutos en política concreta, son la forma natural del ciego absurdo, ó el recurso triste de las pasiones ignorantes.

Y no se nos venga ahora con la vieja canción de *retrogrados*, *atravados* y otras cosas parecidas. Estos son ya resortes gastados, fraseología muerta, baba corrompida de una demagogia rabiosa é impotente. Estais engañados los que así pensais. Desde la locomotora de las ideas, donde hemos sentado plaza, y donde vamos, devorando espacio y luz, os decimos adiós, apóstoles de una religión que ya no existe, y no os volvemos á ver más. Pasó ese tiempo: Víctor Hugo mismo no alcanza ya á descomponer, y es Víctor Hugo.

Clodius, venid á nuestra locomotora: ese es vuestro puesto.

Un rasgo de pluma más sobre esta materia. ¿Por qué nos dividimos siempre de lo pasado, ponemos muro entre administración y administración, y cortamos la unidad de la vida política? Esto y variar nombres, y reformar sin motivos leyes porque otros las han hecho, y hacer otras que no sean más que la expresión de un partido, y dar culto á utopías, y llamar al gobierno que sube al gobierno que cae tirano y opresor, constituye, en mucha parte, la índole fisonómica de nuestra raza. Propiamente no sucede una administración á otra sino un gobierno á otro gobierno. Mala cosa y peor destino, porque gobiernos que siempre recomienzan, nunca organizan. El derecho público tendrá que ser muy indulgente con nuestros extravíos, y muy resignado con nuestras convulsiones.

Lo más extraño en el escrito de *Clodius* que se roza con la doctrina, es que él quiera combatir la nuestra con argumentos contradictorios. En sustancia digamos que es mejor crecer capa á capa que buscar el crecimiento con violencia: que la paz es la que organiza, que la guerra es la que destruye; y con este motivo, y para poner de bulto lo propio, hicimos ver los resultados de la una y de la otra. ¿Puede haber algo más inocente?

Pues bien, *Clodius* nos presenta atados al poste de las prerrogativas sagradas, (en Venezuela prerrogativas!) como dando á entender que no queremos el progreso; y sin embargo nuestro escrito fué la predicación del derecho, que es el alma y la musa del progreso; nada más que la predicación del derecho. En otra parte halla el mismo que "las revoluciones realizan en un momento lo que las ideas no hubieran podido obtener sino en años ó en siglos." Aquí *Clodius* está por la guerra. Vuelve á estar por el derecho, y aprueba nuestro proceder, cuando cree necesario "hablar, escribir, vulgarizar la buena doctrina como un sacerdocio augusto."

Sabemos bien que en un escritor tan hábil no caben, en lo que toca á su convencimiento, contradicciones tan palmarias. En cada una de esas proposiciones hay una media luz, una media verdad, y *Clodius* lo sabe. Lo que ha hecho mal *Clodius* es oponernos una á otra según el lance y la conveniencia, y usar de una estratagemas, que pierde en resultados todo lo que tiene de ingenioso.

No estamos distante del propósito, así que seren en más los tiempos, de fundar un periódico que sirva de órgano a la difusión de estas mismas ideas.

Vamos a poner punto ya. Debemos á *Clodius* mucha fineza, y se la pagamos con gratitud. El ha arrojado á nuestros pies algunas flores, que no nos pertenecen. Nosotras las revolvemos para hacer una corona, y coronar con ella su talento en una lucha, en que si no de razón, ha alcanzado preza de bizarria.

Caracas: enero 8 de 1868.

TULLIES, ó CECILIO ACOSTA.

SEMBLANZAS DE PROCERES CIVILES

CUADROS HISTÓRICOS

DR. JUAN GERMAN ROSCIO

II

La Revolución en 1811.—Influencia de la prensa.—Elecciones populares.—El Congreso de Venezuela.—Proclamación de la Independencia.—La contrarrevolución.—Actividad del revolucionario Roscio.—Sus discursos.—Sus escritos.—Su correspondencia con don Andrés Bello.—Su estudio sobre los Derechos del Hombre.—Su trabajo histórico dirigido á los independientes de Nirgua.—La primera Constitución de Venezuela.

El año de 1811 marca una etapa gloriosa en los anales de la libertad humana. El trajo entre sus días aquel 2 de marzo que vió reunido en Caracas el primer Congreso de la América Española; aquel 5 de julio, cuyo sol iluminó con sus rayos el nacimiento de la independencia de un mundo; aquel 21 de diciembre, en que los representantes de la soberanía popular sancionaron la Constitución Federal de Venezuela, en cuyos artículos estaban consignadas las ideas políticas más avanzadas de la época.

Año de grata memoria, en que el patriotismo conmovió el mundo con su aulancia, rompiendo en un supremo esfuerzo de valor cívico, la oprobiosa tradición de tres siglos de coloniaje.

Al comenzar este año la Revolución iniciada el 19 de abril, había abandonado ya las indecisiones de sus primeros días y marchaba rápidamente hacia la meta de sus aspiraciones, guiada por un grupo de hombres entusiastas y convencidos, entre los cuales descollaba Miranda.

La Suprema Junta de Caracas había trabajado con actividad infatigable desde el día de su instalación, y la idea de la Representación Nacional, propuesta por ella á las provincias revolucionarias iba á realizarse en breve.

Aceptado el proyecto de reglamento de las elecciones, que sometió á su consideración el Dr. Roscio, fué aquel remitido á las autoridades de su dependencia, para que conforme á él, ejercieran los pueblos el derecho de sufragio desconocido hasta entonces para ellos.

La prensa, propagandista eficaz de todas las innovaciones, difundía las ideas de la Revolución, dentro y fuera de Venezuela, ganando en el territorio pátrio prosélitos para la nueva causa, y fijando fuera de él, la atención y el interés de las naciones extranjeras.

En aquella época se encontraba en Londres el notable publicista peninsular don J. M. Blanco White partidario decidido de las ideas liberales y entusiasta defensor del movimiento suramericano. Este escritor había fundado en aquella ciudad un periódico titulado *El Español*, en el cual divulgaba las más importantes noticias, acerca de los acontecimientos que conmovían las posesiones americanas de España.

El gran suceso del 19 abril fué narrado por él al mundo europeo con entusiastas y calurosos comentarios.

La Junta de Caracas recibió este periódico con el entusiasmo que es de suponerse, y el Dr. Roscio se apresuró á manifestar á su redactor la gratitud de los revolucionarios caraqueños, en una carta que le fué presentada por don Andrés Bello y don Luis López Méndez el mismo día en que el Constituyente proclamaba la absoluta independencia de Venezuela.

En aquella carta decía Roscio al generoso defensor de la América.

"Caracas se complace en haber sido la primera que logró captarse la respetable opinión de usted á favor del Nuevo Mundo, y la primera en haberle anunciado cuán distinta es la retribución que deben esperar su honor y sus intereses por la noble franqueza con que ha querido cooperar á nuestra regeneración, sin otro designio que el de procurar hacer en la España Americana, el bien que el exotismo no le permitió hacer en la España Europea."

"Caracas le cuenta á usted entre sus más distinguidos ciudadanos y puede sin arbitrariedad ofrecerle igual carácter en toda la América libre."

Roscio en medio de las múltiples atenciones de la enmarañada política de aquellos días, pensaba siempre en el pueblo, y con el propósito de facilitar los medios de ilustrar se propuso, siendo miembro del Gobierno Provisional de Caracas, la creación de una Biblioteca Pública, ofreciendo contribuir á ella con cerca de 1.000 volúmenes. (1)

Terminadas las elecciones populares los representantes de los pueblos que habían simpatizado con la iniciativa de Caracas, se apresuraron á venir á esta ciudad, y estando casi todos en ella se instaló el 2 de marzo aquel celebre Constituyente que debía decidir de los destinos de la patria. Roscio ocupó en el un sillón como diputado por Calabozo.

(1) Advertimos que en la segunda cita que *Clodius* hace de nuestro artículo de 15 de diciembre último, que es parte del segundo párrafo, hay estas palabras, *se reclaman á sí solos*, que deben cambiarse por *se oyen á sí solos*. Fue un error de imprenta, como otros que salieron en el propio artículo.

(2) Véase Orígenes de la Biblioteca Nacional por Arístides Rojas.

"Interesante espectáculo presenta el primer Congreso de Venezuela: hijo de la Revolución, fruto de elecciones libres y tranquilas, en vez de una Asamblea tumultuosa, agitada de populares pasiones, aunque única y aunque con un Ejecutivo, que creó débil, en tributo a las doctrinas de entonces, él se concilió la estimación y el respeto público, sin excitar la admiración, pero tampoco resistencias y ataques en el seno de los republicanos. Bien que entre los cuarenta y cuatro miembros que lo constituían, no faltasen quienes, confundiendo la obstinación con la firmeza, opusiesen sus preocupaciones a toda reforma saludable; y bien que se precipitasen otros en novedades peligrosas, tal era la situación y benevolencia de los espíritus, tan poca la inflamación (que no sobreviene sino en los cuerpos numerosos) que todos marchaban aparentemente a una, sin enconos odios, luchas ni escándalos. (2)

La tendencia a independizar a Venezuela de la tutela de España iba sin embargo acentuándose diariamente, en las deliberaciones del Cuerpo Legislativo y en los apasionados debates de la Sociedad Patriótica, de tal manera que el 3 de julio, el Presidente de la Asamblea, don Juan Antonio Rodríguez Domínguez, manifestó al Congreso que creía llegado el momento de tratar de la absoluta independencia de la patria y su elevación a Estado Soberano.

Aceptada por la mayoría de la Cámara la moción del Presidente, se abrió el debate, que fué largo y ruidoso, pues tomaron parte en él los más connotados defensores de la emancipación, esforzándose en sus discursos ilustrados y patrióticos, en persuadir a los que aun se mostraban remisos, a sancionar en virtud de la Representación Nacional, el rompimiento ya inevitable entre la Colonia y su Metrópoli.

El diputado por Calabozo fué uno de los oradores de esta sesión del 3 de julio.

Su discurso fué largo, razonado, persuasivo. (3)

No se notan en él los acentos conmovedores de la elocuencia tribunicia, que levanta las tempestades populares, en los días de conmociones políticas. Roscio no tenía la vehemencia dantoniana de Padil, ni los entusiasmas arranques de Muñoz Tébar, ni la verboria desordenada y brillante de Madariaga, ni la expresión concisa, severa y autoritaria de Miranda.

Aquel discurso es una disertación abundante y fácil, fruto tal vez de solitarias meditaciones, más apropiada al foro que a la tribuna revolucionaria. Parece que al dirigirse a la Asamblea y al pueblo, rehusaba conmovérselos, esforzándose tan sólo en persuadirlos.

La sesión del 4 de julio fué breve. No se trató en ella de la independencia porque algunos de los diputados opinaron que la precipitación en asunto de tanta magnitud era peligrosa, optando porque se diese tiempo a los congresantes para tomar una determinación irrevocable, de modo que cuando se volviese a discutir la cuestión, quedase definitivamente resuelta, en pro ó en contra de aquel gran proyecto que debía separar para siempre dos porciones del mundo. En esta sesión fué recibida una comisión de la Sociedad Patriótica, que manifestó al Congreso los sentimientos de la ciudadanía, favorables a la emancipación. (4)

En la mañana del 5 de julio hubo una sesión solemne, en la cual se decidió la declaratoria de la independencia. En el debate tomaron parte casi todos los asistentes. Roscio hizo uso de la palabra para ratificarse en sus opiniones emitidas el 3, y comentar luego los sucesos recientes de la península, que consideraba como más favorables a la idea de la separación completa entre Venezuela y España.

Terminada esta sesión, la última que los representantes de las provincias revolucionarias debían celebrar bajo los auspicios de la autoridad ya imaginaria de Fernando VII, el íntegro patriota Rodríguez Domínguez, Presidente de la Asamblea, manifestó a la multitud, que esperaba en respetuosa expectativa la decisión del Congreso, que el coloniaje había terminado para Venezuela, constituida desde aquel momento, en Estado Soberano é Independiente. (5)

Esta manifestación del Presidente fué recibida con insólito entusiasmo.

Aquel mismo día mientras el pueblo alegraba las calles con patrióticas canciones, saludando con los himnos de la aclamación el advenimiento de la libertad, los representantes de la Soberanía Nacional, se reunieron de nuevo por la tarde "para acor-

dar el acta de la declaratoria de la independencia." (6)

La redacción de este gran documento se encomendó al Dr. Roscio. Su ilustración, su talento y su patriotismo, le señalaban como ciudadano conspicuo para desempeñar tan honrosa misión.

Después se adoptó el pabellón nacional, ese símbolo de la gloria militar de aquellos héroes que entre el humo y la metralla de los combates, sostuvieron con denuedo, las conquistas que había hecho el civismo en los días pacíficos de la Revolución.

El 6 no hubo sesión en el Congreso. Los padres de la patria descansaron como el Dios bíblico después de su creación.

El 7 se reunió el Cuerpo Legislativo para recibir el acta de la independencia. (7)

Silenciosa y atenta la Asamblea, oyó la lectura del admirable documento, honra hoy de su autor y de la patria, que sancionado por el asentimiento de la Representación Nacional, fué después presentado al Poder Ejecutivo, en medio de una augusta ceremonia, en la cual llevó la palabra el Dr. Roscio, comisionado elegido para este acto.

El Presidente de aquel cuerpo doctor Cristóbal Mendoza contestó con patriótico entusiasmo, en un breve y elocuente discurso.

Mientras el Soberano Congreso y el Poder Ejecutivo trabajaban asiduamente en la conservación de la paz pública, la contrarevolución que se agitaba sordamente entre los enemigos de la independencia, estalló a los pocos días en Caracas. Sofocada por el gobierno fueron sus promotores sometidos a juicio.

Después la ciudad de Valencia empuñó las armas y victoreando al rey de España, pidió con frenesí su caduco vasallaje, y sus antiguas cadenas. El general Miranda venció aquella rebelión en nombre de la patria.

José Tomás Rodríguez que había tenido parte en estas revueltas, fué reducido a prisión, y recordando a su antiguo protector, se dirigió a él implorando su intercesión para obtener la libertad. Atendióle Roscio con benevolencia, interponiendo su influjo para librarle, logrando salvar por segunda vez a aquel Bóves, que en campos y ciudades debía derramar después a torrentes la sangre republicana.

A los pocos días de proclamada la independencia, los hombres más connotados de la política creyeron que la Confederación de Venezuela debía dar al mundo un manifiesto, con el propósito de ilustrar el criterio de propios y extraños, acerca de los sucesos que se estaban efectuando en el desenvolvimiento progresivo de la transformación del país. Redactó Roscio este manifiesto, que adoptado por el Congreso el 30 de julio, se hizo imprimir y circular profusamente.

La sentencia pronunciada por la Sala de Justicia establecida en Valencia, para juzgar a los reos de la conspiración que en aquella ciudad había puesto en peligro la suerte de la patria, fué recibida en Caracas con marcadas demostraciones de disgusto, de tal modo que el Congreso recibía diariamente representaciones de todos los gremios y corporaciones sociales, que abogaban por la conmutación de la pena de muerte que había recaído sobre los conspiradores.

No quería el Constituyente desatender la generosa intercesión de la sociedad en favor de los enjuiciados, pero tampoco podía revocar autoritariamente la sentencia del Tribunal que, en el curso de la causa había seguido estrictamente las prescripciones de la ley.

Para resolver este conflicto se propuso en una de las sesiones que se nombrara una comisión de ciudadanos competentes por su rectitud y ciencia, para que examinando los procesos, emitiera su dictamen, que debía ser considerado como la sentencia definitiva.

Aceptada la proposición se procedió a nombrar los miembros de este Tribunal extraordinario y hecha la votación resultaron electos don Juan Germán Roscio, don José Ignacio Briceño, don Francisco Javier Yanes, don José María Ramírez y don Manuel Palacios.

Esta comisión del Congreso levantó la sentencia de muerte a casi todos los reos.

Cuando agotado el dinero que existía en las cajas públicas, a consecuencia de los incalculables gastos de la guerra, pensó el Cuerpo Legislativo sustituirlo con el papel-moneda, que tanto desagradó al comercio y que vino a ser después uno de los principales factores de la caída de la República, Roscio fué nombrado en unión de otros diputados para formular la ley de su creación.

En el año primero de la independencia desplegó este gran patriota una extraordinaria actividad intelectual. Era uno de los más constantes oradores del Congreso que se había instalado en marzo, cooperaba en la prensa a la difusión de las nuevas ideas, contritaba a redactar la Constitución que debía regir el nuevo Estado, mantenía con don Andrés Bello una correspondencia larga y minuciosa, que es como una crónica ilustrada de todos los sucesos de la época, al mismo tiempo que hacía un estudio filosófico de los Derechos del Hombre, por cuya traducción el eminente colombiano don Antonio Nariño, había sufrido persecuciones que han dado celebridad a su patriotismo.

"Trabajan como aprendices los del Congreso, decía entonces a su amigo Bello, por que son rarísimos los que pudieron adquirir alguna ilustración sobre los derechos de los hombres y de los pueblos antes del 19 de abril."

"A pesar de nuestros errores y de nuestra ignorancia yo admiro los progresos del sistema y los comparo con los de otras naciones que ya eran ilustradas cuando formaron sus revoluciones: cuando reformaron sus gobiernos; y cuando se hicieron independientes eran ricas y pobladas. Pero nosotros sin población, sin riquezas, sin armas, sin ilustración, hemos llegado milagrosamente al estado en que nos hallamos; y progresamos, por que nuestra independencia y libertad es obra divina, y una de aquellas, con que desde que son conocidas, en el mundo las sociedades de hombres y sus gobiernos, se ha manifestado la necesidad de sus alternativas vicisitudes." (8)

En esta época algunos monarquistas de Valencia, esparcieron falsas noticias acerca de las ideas de los innovadores venezolanos, procurando desacreditar el concepto público, tanto a éstos como a sus doctrinas políticas, extraviando el criterio de los pueblos con arbitrarias interpretaciones de los libros sagrados, para presentar a los reyes como seres cuasi divinos y a la república como la mayor de las herejías.

La población de Nirgua apasionada de la independencia y entusiasta por la forma de gobierno republicano, se resistió más que ninguna otra de los efectos de la astucia realista, y encontrándose perpleja entre su fé religiosa y sus aspiraciones políticas, estuvo a punto de volver al redil de sus antiguas preocupaciones.

El patriota Roscio combatió estas tendencias retrógradas en un ilustrado estudio político, que dirigió a los independientes de Nirgua, en el cual destruía completamente las falsas aseveraciones de los defensores de la reyeidad. Y como los enemigos de la independencia apoyaban principalmente sus argumentaciones en la célebre donación de Alejandro VI a los reyes peninsulares, Roscio comentaba con indignación aquel remoto ultraje hecho al Nuevo Mundo, que se quería presentar como fuente de legítimo derecho, terminando con estas palabras:

"Y si todavía resultasen algunos entre nosotros, tan preocupados y tenaces en su capricho, que no cedan a las voces encantadoras de la filosofía, sea el cañón, el acero ó el cáñamo quien los convenza, para oprobio de su memoria y la de sus imitadores."

El 21 de diciembre fué sancionada por el Soberano Congreso la Constitución Federal de Venezuela.

Juan Germán Roscio fué uno de los diputados que la suscribieron sin hacer ninguna observación.

E. A. YANES.

(8) Amunátegui.—Vida de don Andrés Bello.

ANTONIO JOSE DE SUCRE (*)

Ornó su cuna el rutilante cielo
De Cumaná, la ninfa seductora;
El brillo de la ciencia le enamora,
Y Caracas contémosle en su suelo.

Ve la Patria cautiva, en místico duelo,
Y empuñando la espada redentora,
Sigue a Bolívar, que ya en sí atesora,
De libertad el sacrosanto anhelo.

En Pichincha ya es héroe!... Su espada
El triunfo en Ayacucho determina:
La Española bandera está arrollada

Y al rendir vencedor la gran jornada,
El Caín de Berruecos le asesina,
¡Y Colombia sucumbe horrorizada!

ANDRÉS A. SILVA.

(*) Consta de la historia patria que Sucre nació en Cumaná, donde pasó sus primeros años. Ya en la pubertad, se trasladó a Caracas, con el propósito de estudiar Matemáticas. Durante su permanencia en esta Ciudad, la causa de la Independencia en poso a las órdenes del Libertador Bolívar, lidiando en todos los Ejércitos patriotas, no sólo en Venezuela, sino también en Nueva Granada, Ecuador, el Perú y Bolivia. En la batalla de Pichincha, ilustró su nombre, obteniendo el grado de General en Jefe. En la célebrima de Ayacucho se cubrió de gloria, y mereció que el Libertador le proclamase Gran Mariscal.

(6) Véase "El Publicista".—Sesión del 5 de julio por la tarde.—El segundo historiador don Aristides Rojas ha publicado un estudio sintético, en el cual asienta que durante el 5 de julio de 1811 no hubo en Caracas ningún acta pública, donde fuera firmada el acta de la declaratoria de nuestra independencia.

(7) Véase "El Publicista".—Sesión del 7 de julio.

(8) Excitamos a este incansable investigador a esclarecer tan importante punto histórico.

(2) Juan Vicente González.—Biografía de Ribas.

(3) Véase "El Publicista", órgano oficial del Congreso.—Sesión del 3 de julio.

(4) Véase "El Publicista".—Sesión del 4 de julio.

(5) Véase "El Publicista".—Sesión del 5 de julio por la mañana.

LA SEMAINE SAINTE

DEDICADO AL DOCTOR CRISTOBAL MENDOZA

Letra de Lamartine

Por Adina Manrique

Génère religion

Génère

Piano

P

ce viennent mourir les derniers *bruits du monde, Maudites sans cesse, aboyez! c'est le bruit! Ici l'âme se purge, en une*

paix profonde. Et cette paix n'est pas la mort. Ici jamais le ciel n'est assourdi ni sombre; un feu pur et joyeux, un rayon

soleil tout le soleil est l'ombre, Qui se lève au haut du monde, au haut du monde. Ici viennent mourir les derniers *bruits du monde, Maudites sans cesse, aboyez! c'est*

le bruit. Ici l'âme se purge en une *paix profonde* *Et cette paix n'est pas la mort. Ici jamais le ciel n'est assourdi ni sombre; un feu pur et joyeux, un rayon*

à mes regards et c'est un nouveau jour: deux frères dans deux mondes pour se tenir la main. Mon amour me rappelle l'amour l'amour l'amour l'amour l'a

REVISTA DE LA QUINCENA

POR EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

SUMARIO:

CON MOTIVO DEL AÑO NUEVO
LA LEY QUE CUMPLIMOS TODOS
UN HÉROE
CONCHITA MICOLAO
"PAGINAS LITERARIAS"
LAS MINAS DE CHACAO

Pasó á la historia el año de 1892. Le decimos adiós con verdadera alegría: se fué con su cortejo de sangre y lágrimas, dejándonos en su lugar al de 1893, al cual, como á desconocidos, nos corresponde recibirlo con cortesía, pero con desconfianza. Por el momento nos trae como garantía de su comportamiento futuro el no ser bisiesto; y viene además con rama de oliva en la diestra. Qué la conserve fresca para que así pase á manos de su sucesor, y nos hará un señalado servicio que sabremos recompensar con buenos recuerdos y con despedida distinta de la que le hemos hecho á su detestable antecesor.

En el año que empieza se cumple un siglo de haber recibido la libertad el bautismo de sangre de la revolución francesa. ¡Para cuántos de los pueblos que, inspirados en el ejemplo, quisieron reaccionar también contra el pasado de opresión, ha sido éste un siglo perdido! ¿Será necesario otro siglo de aprendizaje para que en ellos deje de ser irrisión la libertad y mentira el derecho? Y no nos contradicimos al llamar en otra parte á la América el continente de la libertad y del derecho, porque como americanos nos envanecemos de que rija en todo el continente la forma republicana de gobierno, y de que en medio continente la república sea además efectiva. Ya que no podemos decir que todos somos cuerdos del lado acá del océano, sí podemos probar que no todos somos locos, y váyase lo uno por lo otro.

Por lo que á nosotros toca, como revisteros de EL COJO ILUSTRADO, el tener que comparecer cada quince días ante nuestros bondadosos lectores para entrar en plática con ellos, ha hecho que les cobremos sincero afecto, y que de consiguiente deseemos para ellos cuánto para nosotros queremos de salud y prosperidad en el año de 1893.

*

Nótese que entre nosotros rara vez, ora de palabra, ora por escrito, se dice *las leyes*, como sería lo correcto desde que son varias en número y objeto las que determinan nuestros deberes y precisan nuestros derechos como ciudadanos.

Y no es porque para ello se haga uso de figura retórica. Nada de eso.

Decimos siempre *la ley*, porque en realidad sólo existe entre nosotros una ley que, por no estar escrita, es la única que todos cumplimos con ejemplar rigurosidad.

Estaríamos porque esa ley se escribiera y fuese sancionada lo más pronto. Desde que esto sucediera, dejaríamos de cumplirla, por supuesto, y, desde entonces, nuestra felicidad dependería de la falta de observancia de la ley precisamente.

Eureka! Desde que *la ley del embudo* sea ley de la República nadie la cumplirá, y hé aquí cómo lo que ha sido siempre causa de nuestras desgracias, el desprecio de la ley, sería desde entonces fuente de nuestro bienestar social.

No se nos diga que no es necesario ir tan allá, que basta con que cada uno llevé consigo su embudo. No, hay personas que, con ser de tan fácil manejo el utensilio, son tan refractarias á su empleo, que, cuando el embudo de alguno viene contra ellas de pico, ellas lo reciben con la cazoleta. Es necesario, absolutamente necesario, que la ley se formule y se sancione. Así nadie dejará de infringirla.

¡Que felices seríamos! Algunos ejemplos bastarían á demostrar la conveniencia de que nuestros legisladores declaren en caducidad todas nuestras leyes anteriores y promulguen el código del embudo, como espejo de nuestra única interpretación del derecho.

Al día siguiente de promulgada la ley se le presentaría á usted el recibo de la Compañía de

Aguas, por ejemplo, y usted podría enviarle á la compañía este recadito:

—A mí no me viene por los tubos ordinariamente sino viento ó lodo. De los trescientos sesenta y cinco días del año sólo tengo agua el pico de sesenta y cinco. Así es que voy á dividir lo que pago por este derecho en trescientas sesenta y cinco partes, para mandarle á la compañía las sesenta y cinco nada más. Así la partida será igual: ya la ley del embudo es ley de la República, y ni la compañía ni nadie está en la obligación de respetarla.

Detrás del recibo de la Compañía de Aguas vendría el del lechero.

—Oiga usted, señor lechero: yo le pago á usted el valor de dos botellas de leche por día, y usted lo que me dá es media botella de leche y media de agua sucia.

—Señor es que la leche está ahora muy *descasa* y.....

—Con que *descasa*, eh? Pues verá usted como va á estar más *descasa* la paga; y sobre *descasa*, la recibirá usted en moneda falsa, como su leche; ya se acabó la ley del embudo porque está sancionada por el Congreso y..... basta.

Se vá el lechero y viene el cobrador del teléfono.

—Sírvase decirle á la compañía que no he alquilado el aparato para que me pongan sordo llamándome por equivocación, y para que se ponga sorda la oficina cuando llamo yo; que la línea está corriente cuando no la necesito é interrumpida siempre que me precisa usarla; que voy á sumar el tiempo que tarda la oficina cada vez en contestarme, para dilatar la paga en proporción; y, finalmente, que por cada repique dado por mí sin que se me atienda, dará el señor cobrador un viaje infructuoso. Ea! ¿No sabe usted que la ley del embudo tiene el exequatur? Pues súpalo, y cuidadito con cumplirla!

Despedida del cobrador del teléfono y presentación de un empleado de la compañía anónima "Agencia de barrer las calles."

Nota: obsérvese que los embudos más grandes están en manos de nuestras compañías anónimas.

—¿Qué es esto?

—Una citación para que usted se sirva concurrir hoy á la sesión de la Junta Directiva de la compañía. Usted es el tesorero y es necesaria su presencia.

—Pero, si antier hubo Junta y ayer también y...

—No importa: hay muchos asuntos que resolver.

—Pues sírvase usted decirle á quien corresponda que el tiempo es oro para muchos, y para mí, diamante; que no puedo perderlo trabajando gratuitamente para los demás accionistas que están en sus casas rascándose la panza, sin acordarse de la empresa sino cuando tocan á reparto de dividendos, utilidad que es fruto de nuestro trabajo; que á mí no sólo no me dan ni las gracias por el regalo de tiempo y trabajo que les hago, sino que especulan conmigo cobrándome el servicio como á cualquier hijo de vecino, es decir, haciendo conmigo la utilidad que hacen con todo el mundo; que ya está promulgada la ley del embudo, y que por lo tanto á nadie obliga su cumplimiento.

—Señorito, señorito!

—¡Otra te pego! ¿Qué ocurre, Blas?

—Nada, que ya puede usted ir buscando otro criado porque lo que es este se marcha.

—¿Y los dos meses adelantados que te di ayer, zángano?

—Eso se lo pagaré en.....

—Sí, ya sé, en el valle de Josafat. Pero mira: desde que la ley del embudo es ley sustantiva, adjetiva, conjuntiva ó como quieran llamarla los señores juristas, se acabó la impunidad para los bribones como tú, y esa constante burla de ustedes los criados á los amos de casa. Ahora me toca á mí infringir la ley que siempre te ha amparado, y en consecuencia vas á burlarte ahora de tu abuela en el pulguero.

Aquí suspendemos porque se nos acaba de ocurrir que también el lector puede darnos tamaño réspice, porque estamos obligados á darle revista y le estamos propinando tonterías.

*

Acto de abnegado heroísmo es el de que ya tendrán noticia nuestros lectores, ejecutado por Cesáreo Pérez, fogonero en el ferrocarril de La Guaira.

Corría el tren por el plano de Catia, llevando su mayor velocidad, cuando el maquinista distinguió en medio de los rieles á un niño que, sorprendido, no atinaba á ponerse en salvo. En vano funcionaron los frenos: era muy corta la distancia para que la velocidad adquirida por el tren terminase antes de llegar aquel al sitio donde la criatura, paralizada por el espanto, sufriría muerte horrible. De pronto se oyó un grito y se ve á un hombre lanzarse con rapidez hasta la trompa de la máquina; de ella se asegura con una mano, inclina el cuerpo cuánto puede, extiende el brazo que le queda libre, y en el instante mismo en que el monstruo de hierro estaba á punto de consumar la desgracia, la fuerte mano de Pérez levanta y salva al niño. Un grito de triunfo se escapa de los labios del héroe y un aplauso, hijo de la más sincera admiración de todo el que conoce el hecho, es la recompensa del humilde fogonero.

Algo más que justo elogio merece un acto semejante. A más efectiva recompensa es acreedor Cesáreo Pérez; recompensa que estimule á sus compañeros de oficio á obrar del propio modo en casos semejantes.

¿No servirá de inspiración á alguno de nuestros pintores este hecho tal vez único? ¿No quedará alguno tomar este asunto para un cuadro? ¿No se podrá, levantando al efecto una suscripción, encargar á alguno de nuestros artistas la ejecución de ese cuadro, rifarlo luego y regalar á Pérez el producto de la rifa?

Lanzamos esta idea, y estamos dispuestos á darle todo el calor que de nosotros pueda recibir. Si hay quien quiera secundarnos que ocurra á la oficina de EL COJO ILUSTRADO.

Creemos que en todo corazón de padre hallará eco simpático la noble acción de Pérez.

El retrato de este hombre generoso y heroico se publicará en el próximo número de EL COJO ILUSTRADO.

*

Se encuentra de nuevo entre nosotros Conchita Micolao. La notable y bella artista regresa á la Patria á hacernos olvidar con su habilidad y sus talentos las recientes penas; ya nos impacientamos por oír la otra vez, y pronto cesará, según se dice, nuestra impaciencia, pues se prepara á obsequiarnos con algunos conciertos que serán para ella nuevos triunfos. Somos de sus primitivos admiradores y mucho nos regocijan los lauros que cosecha. Reciba nuestra cordial bienvenida.

*

Agradecemos al señor Dr. Lorenzo José Mendible el obsequio que nos ha hecho con enviarnos sus *Páginas Literarias*.

Ha reunido en un volumen el apreciable escritor Dr. Mendible buen número de escritos sobre diversos asuntos, entre los que se cuentan varios discursos pronunciados por el autor en distintas ocasiones. El apéndice de la obra consta de poesías y artículos dedicados al señor Dr. Mendible por escritores amigos suyos.

Buena escuela literaria es la que sigue el Dr. Mendible y por ello le felicitamos sinceramente. En la obra á que nos referimos hay una palabra para cada uno de los grandes ideales del alma: la religión, la patria y el hogar. Acusan los escritos publicados en este libro fondo filosófico en el autor, y dicho está con esto que empezando su carrera literaria como está el Dr. Mendible, con tan firme paso seguras conquistas tendrá en los campos del arte.

El cuadro *La Iglesia de mi barrio* es de una verdad y sencillez dignas de encomio. En éste, como en otros pasajes del libro, logra el autor tocar con acierto fibras muy delicadas del corazón; no es novel en el arte quien esto alcanza, y asiento tiene ya en el banquete de las letras.

*

Parécenos que fué Federico de la Vega quien, al pasar en América por un cafetal, tomó unas hojas del arbusto sabeo y guardólas cuidadosamente en su cartera, con el propósito de presentarlas á sus amigos de ultramar, como prueba irrecusable de que real y evidentemente existía

una planta, cuyo fruto es el grano llevado á la condición de mito por las falsificaciones europeas.

Algo así sucede entre nosotros con las minas: el fracaso de tantas empresas mineras, debido en unas á la pobreza de los terrenos y en las más á lo cuantioso de los capitales que exige la explotación, no menos que á lo apartado é ingrato de las regiones donde se hallan aquellas; todo esto ha hecho que aquí se considere ya la explotación de minas como asunto cuasi mitológico.

Sin embargo, como las hojas de Federico de la Vega, parece que las minas de Chacáo vienen á probarnos que el mito puede dejar de serlo, desde que á distancia relativamente corta de Caracas hay debajo de tierra oro, plata y cobre de muy fácil explotación y en abundancia, como podría convencerse por sus propios ojos todo el que con tal objeto hiciese á Villa de Cura un viajecito.

El espíritu minero cobra en consecuencia nuevo aliento y muchas son las personas que en esto han echado ya su cuarto á espadas, suscribiendo considerable número de acciones. Este hecho, á raíz de una crisis como la que se acaba de pasar prueba que las hojas de Federico de la Vega alcanzan su objeto.

NUESTROS GRABADOS

Cascada de Tócome

Uno de los sitios más pintorescos á inmediaciones de Caracas es la región que recorre el Tócome, riachuelo tributario del Guayre, y que nace en las quebradas del sur de la Silla. Á poca distancia de su nacimiento se precipita, hasta llegar al llano, en caprichosas cascadas, de que es la más importante la que reproducida en grabado verán hoy los lectores de EL COJO ILUSTRADO. Este paraje es generalmente conocido de los caraqueños con el nombre de "Los Chorros". La pureza de los aires que allí reinan, las inmejorables condiciones del agua del Tócome, los varios pozos que éste ofrece á los bañistas, lo pintoresco del sitio y su proximidad á la capital, proporcionan agradable estancia á las familias que allí se refugian en la estación calorosa. En muchos casos ha sido benéfico el clima de Los Chorros para los enfermos del pecho.

General Medardo Medina

Pertenece el retrato que hoy publicamos del General Medardo Medina, á la galería que viene formando este periódico, de militares y civiles notables de la Revolución legalista.

Morta al mundo

Bella, joven y de alma soñadora, como lo denuncian los ojos, acudió al reclamo de la gracia divina, ó buscó en el claustro el alivio de un pesar. Sea una cosa ó la otra, está muerta para el mundo de donde ha desaparecido, dejando en él tal vez no pocas esperanzas frustradas. ¿Estará también el mundo muerto para ella? Aquellos ojos que se alzan con singular expresión, ¿buscarán el cielo, ó corresponderán al movimiento íntimo del alma que persigue en la imaginación algún recuerdo? Todo puede ser. Entre tanto, muerta para el mundo, el claustro es la tumba de su juventud y su hermosura.

Don Cecilio Acosta

El ilustre filólogo, jurisconsulto y orador, á deshora arrebatado á la Patria que cifraba en él tantas y tan justas esperanzas, dejó sólo un retrato en fotografía, bien que de notable parecido, deficiente en cuanto á la expresión que reflejaba la viva luz del intelecto. El hábil artista Antonio Herrera Toro ha logrado reproducir en mayores dimensiones y mejorándolo el retrato á que aludimos, y copia en grabado de aquel notable trabajo á la pluma es lo que presentamos.

El trabajo literario que acompaña á este retrato es obra de Eugenio Méndez y Mendoza, y lo hallarán nuestros lectores en otra sección.

Agradecemos al señor Doctor Don Pablo Acosta el que nos haya facilitado el artículo que hoy publicamos de su inolvidable hermano. Nos permitimos recomendar á nuestros abonados la lectura de ese escrito, donde, como en todos los de Cecilio Acosta, corresponden al fondo de verdad y á la elevación de las ideas, la originalidad y elegancia del estilo.

El ángel de las tumbas

Debe de ser el ángel que baja á posarse sobre las tumbas que se llaman ignoradas; sobre las tumbas que nadie cultiva de flores ni riega con lágrimas, bien porque aquellos que debieran hacerlo ya no existen, bien porque, aunque es peor, existen pero olvidan. Para aquellos para los que duermen olvidados debajo de la loza

sepulcral es la corona de inmortales que el ángel trae. El laurel es para los héroes de la virtud que realiza sus triunfos en la sombra y duerme sin gloria en el olvido. Ese ángel representa la piedad de las almas buenas que ruegan por todos los difuntos y bendicen á todos los mártires.

El ángel de los naufragos

¿Es el de la esperanza ó el de la resignación? Tiene en los brazos un niño; no se sabe si le salva la vida arrancándole á las olas, ó si le salva la inocencia arrancándole, muerto en el naufragio, al oleaje aún más mortífero del mundo. De todos modos siempre hay para los naufragos un ángel: aquel que los acompaña hasta el último instante, que es el de la esperanza, y que entones los encomienda á otro no menos sublime, el de la resignación.

Santa Cruz de Tenerife.—Plaza de la Constitución.—Hotel Balaón y Brazo del Muelle

La gran mayoría de los que aquí llamamos isleños, formada de paletos y hombres burlos, ha hecho nacer en el vulgo la idea de que ha de ser la patria de los isleños como ellos. Nada más lejos de la realidad. Vida civilizada y culta se lleva en las ciudades principales de Canarias. Personas muy principales, de las que imprimen carácter en la vida social, tienen allí su domicilio; y sólo lo difícil de la vida para la gente campesina, obliga á los canarios á esa constante emigración que en gran parte nos favorece, desde que vienen á dar ejemplo de laboriosidad y economía en un país donde no están en abundancia estas virtudes.

Prueba de nuestras aserciones son las vistas de Tenerife que presentamos en este número. Puede juzgarse por ellas de cómo se participa allí de la vida europea, y en qué grado de prosperidad está una tierra donde hay bellos edificios, ricos establecimientos y actividad mercantil.

Quien mal anda mal acaba

Triste y verídica escena repetida á cada paso en la vida de las mujeres que delinquen. Del arroyo, donde fue arrojada por el que le robó la honra, la levanta la conmiseración de una anciana que no debe ser su madre, á juzgar por su expresión indiferente. Del grupo de curiosos apenas parte una que otra mirada para ella, mezcla de reprobación y de piedad. La indignación se dirige principalmente contra el perdido que va á purgar sus truhanerías en la cárcel. Así acabaron estos que mal auduvieron: ella en el arroyo y él en presidio.

La Semaine Sainte

Inspirada en una bella poesía de Lamartine, la señorita Adina Manrique, hija del ilustrado escritor José M. Manrique, ha compuesto el andante religioso con que hoy obsequiamos á nuestros abonados. Demás estaría lo que nosotros pudiéramos decir encomiando el mérito de la composición, cuando aquellos de nuestros abonados que cultivan el divino arte, pueden por sí mismos apreciarla. Bástanos decir que si la música es el excelso lenguaje de las almas, cuando la que lo habla es el alma de una niña, ese lenguaje es poderoso á conmovernos en extremo, como que mucho se acerca al de los ángeles.

LOS POR QUÉ

DE LA SEÑORITA SUSANA

POR
EMILE DESBEAUX

Continuación

muy sencillo. Tendría que hablarte de astronomía, ¡diablo!... ¿Sabes tú qué es astronomía?

—Eso debe ser el estudio de los astros.

—¿Y qué son los astros?

—¡No sé! exclamó la niña viéndose atajada en su erudición.

—¿Ignoras pues que los astros son esos cuerpos esparcidos en la inmensidad del espacio, como el Sol, las estrellas, los cometas y los planetas?

—Abuelito, me parece que tú te olvidas de nosotros.

—¿De qué me olvidó?

—No has nombrado nuestro mundo: la Tierra.

—¿Es decir que tú me das lecciones? Pues me alegro; y una vez que tanto sabes no tengo necesidad de enseñarte cosa alguna.

El abuelo aparentó que se iba á levantar.

Creyó la niña que su excelente abuelito se había enfadado con ella; pero se tranquilizó al ver que su madre y Pablo se miraban sonriendo. Entonces dijo:

—Abuelito, no lo haré más. Pero dime por qué no has hablado de la Tierra.

—Te he hablado de ella, respondió el abuelito fingiendo todavía severidad.

—¡Bien! dijo Susanita que no se atrevía á desmentir al viejo, pero creyendo que se equivocaba.

El buen señor se hizo cargo de que no convenía dejar á la pequeña embrollándose en vanas investigaciones, y dijo:

—¿No he nombrado los planetas?

—¿Los planetas? Eso sí.

—Pues bien, siendo la Tierra un planeta como los demás, resulta que he hablado de ella sin citar su nombre.

—Es verdad, murmuró Susanita poco convencida, pues la palabra planeta no significaba nada para ella.

Adivinando el abuelo el pensamiento de su nietecita, prosiguió:

—Lo que debes preguntarme es la definición de los planetas.

—Sí, exclamó ingenuamente Susanita.

—Escucha, pues: los planetas son astros, sólidos como la Tierra, que giran alrededor del Sol. Su nombre viene de una palabra griega que quiere decir "errante".

—¡Pues qué! exclamó la niña, ¿mi Sol sirve á otros mundos como al nuestro? ¿Los alumbró y los calienta?.....

Y dijo todo esto con un aire humillado.

Sin duda la señorita hubiese querido que el Sol alumbrara sólo para ella.

—Sí, contestó el abuelo, en torno de tu Sol giran siete planetas grandes y un centenar de pequeños; se supone que estos últimos son fragmentos de un planeta roto.

—¿Qué me cuentas, abuelito? ¿Los planetas se rompen? Entonces la Tierra.....

—Ese planeta que estalló y se hizo pedazos debía ser de mala calidad, porque la Tierra y los otros, hija mía, prometen durar por algún tiempo.

—¿La Tierra es el planeta más grande y más hermoso, abuelito?

—De ningún modo.

Y el abuelo, tomando por testigos á su nieto Pablo y á la madre de éste, que sonreían oyendo la conversación:

—¡Miren ustedes, dijo, adonde la vanidad conduce á esta criatura!

No solamente ha querido acaparar el Sol para ella sola, sino que pretende hacer de la Tierra un planeta más favorecido que todos los demás. Eso no es justo, hija mía. El Sol brilla para todo el mundo..... y para todos los mundos.

—Está bien, dijo la niña algo confusa, ¿pero cuáles son esos otros mundos y cómo son?

—¡Oh! Vas demasiado lejos en tus preguntas. Por el momento sólo puedo decirte que hay dos planetas, llamados Mercurio y Venus, los cuales están más cerca que nosotros del Sol y se llaman así: Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno. También Marte es un poco más chico que la Tierra.....

—¡Mejor! murmuró la niña.

¡Espera un poco! vas á ver á donde vas á parar tu orgullo de habitante de la Tierra: Júpiter es mil docientas treinta veces mayor que nuestro mundo; Saturno lo es setecientas treinta y cinco veces; Urano ochenta y dos veces, y Neptuno ciento once veces.

—¿Y á qué distancia está la Tierra del Sol?

—A treinta y ocho millones de leguas.

—¡Es mucho, eso!

—Ya lo creo que es mucho; y sin embargo, Neptuno dista del Sol mil cien millones de leguas, siendo el planeta más alejado del Sol.

—¿Y Mercurio? interrogó la niña acordándose de que este planeta se hallaba menos distante del Sol que nosotros mismo.

—Mercurio, ¡bah! no vale la pena de pensar en semejante cosa; Apenas dista del Sol una docenita de millones de leguas!

—Es poco, en efecto, murmuró la niña.

—El reino de nuestro Sol, por consiguiente, se compone de los ocho planetas que hemos nombrado; empieza en Mercurio y acaba en Neptuno.

—Pero abuelito, ¿por qué dices «nuestro Sol», como has repetido varias veces? ¿Quieres decir que hay otros soles y que no nos pertenecen?

—Eso quiero decir.

—¿Dónde están esos soles?

Se aproximó el abuelo á una ventana. Aquella noche estaba el cielo sin nubes. Abrió los cristales, y después de abrigar á su nieto con un chal, le dijo:

—Mira á lo alto; ¿qué ves?

—Estrellas.

—Sí, pero eso que tú llamas estrellas son otros tantos soles.

—¿De veras? ¿son soles como el nuestro?
—Sin duda.
—¿Y tienen también planetas?
—Sí; es indudable que como nuestro Sol alumbran á numerosos planetas; pero se hallan tan lejos, tanto, que no podemos distinguirlos.
—¿Por qué no podemos distinguir esos planetas que vemos sus soles? preguntó la niña.
—Porque los planetas no despiden luz propia; no hacen más que reflejar la del sol que cada cual alumbraba. Ahora bien, esa reflexión, esa reverberación es demasiado débil para que la descubran los más perfectos telescopios.
La niña calló breves instantes, y dijo de repente.
—¿Pero la luz del Sol, del nuestro, de donde sale?

—Sale seguramente de él mismo; puedes estar convencida de que él no la manda fabricar. El Sol es una enorme masa gaseosa incandescente, cuya excesiva temperatura llega hasta nosotros en forma de rayos magníficos llenos de calor y claridad. Cuando el Sol se enfríe, la vida desaparecerá de nuestro mundo. Pero ese peligro no es inminente—pues se ha podido calcular que el enfriamiento del Sol es de un solo grado en cuatro mil años. Siendo el Sol todavía rico en calor, pues éste se mide por millares de grados, tenemos algún tiempo por delante y bien podemos aguardar tranquilos.

Como la niña, insaciable siempre en sus preguntas, se preparaba á abrir la boca, su abuelo miró el reloj y después dijo:

—Señorita, es hora de acostarse; bastante me ha hecho usted charlar esta noche. Ya ve usted adonde me ha llevado preguntándome por qué no es año nuevo todos los días, lo que por cierto no le he explicado aún. Vaya, hijita, si me lo recuerdas te lo explicaré mañana.

—Puedes estar seguro, abuelito, de que no lo olvidaré.

Y Susanita después de besar á todos, siguió el consejo de su abuelo.

Continuará

LA SEMAINE SAINTE

[LETRA DE LAMARTINE]

Ici viennent mourir les derniers bruits du monde,
Nautonniers sans étoile, abordez! c'est le port:
Ici l'âme se plonge en une paix profonde,
Et cette paix n'est pas la mort.

Ici jamais le ciel n'est orageux ni sombre;
Un jour égal et pur y repose les yeux:
C'est ce vivant soleil dont le soleil est l'ombre,
Qui le réprend du haut des cieux.

Ici viennent, etc.

Que ma raison se taise, et que mon cœur adore!
La croix à mes regards révèle un nouveau jour:
Aux pieds d'un Dieu mourant puis-je douter encore?
Non! l'amour m'explique l'amour.

Ici viennent, etc.

SU CARA MITAD

NOVELA ESCRITA EN INGLES

por

F. BARRETT

traducida al castellano por

FRANCISCO SELLEN

Continuación

Terminada la función regresaron á su casa en carruaje, pero el señor Percival Leclerc acompañó á Cecilia á su morada.

Entre tanto, Horacio, que se había arrepentido de sus malos modales del día anterior, se dirigió antes de las diez á la casa de los Leclerc para buscar á Cecilia y hacer las paces con ella. Allí se le informó que la señorita Goddard había salido muy temprano, al oscurecer. Horacio se quedó rondando la casa como una hora, creyendo que Cecilia regresaría allí; pero al cabo de ese tiempo cambió de modo de pensar y se dirigió á la casa de Potter.

Había luz en el estudio. Toco la campanilla. La

criada le abrió y le dijo que Cecilia estaba arriba. Subió y al tiempo de abrir la puerta de la habitación oyó la risa de Cecilia. Entró: precisamente se hallaba Leclerc refiriendo una historia muy interesante que Cecilia, sonriendo, escuchaba con marcada atención. Juana y Potter estaban sonriendo también, pero Horacio ni siquiera les dirigió una mirada.

A la vista de aquel rostro, lívido con los celos que le torturaban hasta la locura, Cecilia se puso en pie toda alarmada. La sonrisa desapareció de sus labios, y sus mejillas palidecieron. No hay duda que Horacio atribuyó este cambio de expresión á la conciencia de haber sido descubierta.

Saludó con frialdad á todos en general sin dar la mano á ninguno. Leclerc terminó su historia, y viendo que lo mejor que debía de hacer era irse, se despidió con tanto despejo y afabilidad como si Horacio, con sus terribles miradas, jamás hubiera llegado. Potter y Juana le acompañaron hasta la puerta dejando solos á Horacio y Cecilia.

Supe después lo que pasó entre ellos, pero no deseo repetirlo. Bajo el influjo de los celos se dicen y hacen cosas que nunca se dirían ni se harían en circunstancias normales. Lo único que podemos hacer es compadecerlos y perdonarlos. Todo lo que diré es que en esa corta entrevista Horacio se comportó de una manera en extremo violenta, y que Cecilia desplegó una prudencia y moderación que apenas eran de esperarse en una persona tan ligera é irreflexiva como ella.

Cuando Horacio se despidió para irse, Potter le acompañó hasta la puerta de la calle y salió junto con él.

—Oiga usted, amigo, le dijo Potter una vez fuera de la casa, con acento semi-amistoso, semi-hostil: —yo no sé lo que ha originado esta rifa entre ustedes; pero deseo manifestarle que si usted no se encuentra en estado de casarse con Cecilia, no creo que deba usted ser un obstáculo para que ella obtenga un partido más ventajoso.

—Yo no soy un obstáculo para nada, replicó Horacio, pues nuestras relaciones han terminado. No nos veremos nunca más.

—¡Buen negocio ha sido! me dijo Potter el día siguiente. Han llevado relaciones durante dos años.

Pero yo no creí que fuera una cosa buena, porque sabía que se amaban mutuamente, y que los corazones no son como las bolsas que pueden vaciarse y llenarse de nuevo con la misma facilidad.

CAPITULO XV

Después de la disolución de la sociedad, Motley se arregló con sus acreedores y continuó los negocios bajo la firma de "Motley y Motley." Tres meses más tarde pagó todo lo que los acreedores habían perdido con el arreglo anterior hecho. Este acto de liberalidad dió inmenso impulso á los negocios. Nadie podía ya abrigar la menor duda acerca de las grandes cualidades de Motley. Por todas partes no se oían sino sus alabanzas y elogios. "¡Ah! ¡qué hombre tan honrado!" decían. "¡Qué principios tan admirables, y qué notable habilidad para los negocios!" "¡Un hombre digno de toda confianza, si los hay!" y otras muchas frases por el estilo. El número de los que depositaban dinero en el Banco era mayor que nunca; la cervecería se había agrandado considerablemente, lo que proporcionaba nuevas ventajas para el desarrollo de los negocios. Las utilidades, después de cubiertos los gastos de las nuevas obras, empezaron á acumularse: todo esto era para Motley solo. Ya no había un socio con quien compartir las ganancias. Y así es que, sin haber pagado un céntimo por ello, Banco y cervecería habían venido á ser propiedad exclusiva de Motley á quien aprovechó únicamente el sacrificio de Harlowe.

—Ha resultado lo que yo había previsto, Holder-ness, me dijo un día Motley. ¿Recuerda usted mi pronóstico? Si Felipe se hubiera mantenido tranquilo y hubiera confiado en mí, sería ahora más rico que nunca; sus escrúpulos habrían quedado satisfechos, y se tendría de él mejor opinión si no hubiera dispuesto, como lo hizo, de la fortuna de su esposa. Si yo fuera hoy dueño de mis acciones en este particular, le ofrecería á Felipe una parte en el negocio, ó á lo menos le haría tomar el dinero que desembolsó. Pero no puedo hacerlo. Me encuentro atado de pies y manos. Ahora, como usted sabe, la firma es "Motley y Motley." No bien mi esposa se enteró de la disolución de la sociedad,

ofreció emplear su dinero en el negocio. Eso me facilitó empezar de nuevo. Pero ella tomó todas las precauciones necesarias para impedir que su antiguo enemigo tuviera parte alguna en la empresa, é hizo por lo tanto extender un contrato que le daba voz y voto en la administración del Banco en virtud del dinero que ella entregaba; en una palabra, es un miembro activo de la sociedad de "Motley y Motley." De modo que usted ve cuán atado estoy. Todo esto podía haberse evitado á no ser por la fatal festinación del pobre Felipe y falta de sangre fría. Si hubiera dejado el dinero de su esposa donde lo tenía depositado, yo se lo habría pedido prestado y me vería hoy completamente independiente del auxilio de mi esposa.

La explicación era uu tanto plausible, pero yo no podía experimentar hacia Motley los mismos sentimientos de antes; y en sus ojos pardos y vivos notaba una expresión traicionera y maligna que hasta entonces no había sospechado. Felipe debía de compartir mis sospechas, pues evitaba ver á Motley y permanecía silencioso cuando de él se hablaba. No era capaz de hablar ni en bien ni en mal de una persona de quien tuviera sospechas, pero no podía tampoco hacerse culpable de doblez y engaño.

Así es que mientras uno de los antiguos socios descendía en la balanza de la prosperidad, el otro subía hasta las nubes.

—¿Vale la pena ser honrado? ¿Aguarda algún castigo á los malvados?"—Estas eran las preguntas que me hallaba tentado á dirigirme cuando, después de ver á Motley con rostro risueño, colorado y mofetudo, paseando en lujoso carruaje, me encontraba con Felipe que regresaba de su trabajo fatigado y lleno de cuidados y ansiedad.

Precisamente frente á las habitaciones de los Harlowe, al otro lado de la calle, en la guardilla de una casita, vivía una viuda con su niño por quienes Margarita y Felipe se interesaban mucho. La viuda era una mujer de pequeña estatura, pálida, de aspecto muy decente, y de unos veinte y cinco años de edad: el niño era un chiquitín bastante fuerte que empezaba á caminar conducido de la mano. Creíamos que sería una viuda á causa del niño y de estar vestida de luto. Todas las mañanas, excepto los domingos, salía con su niño poco después de las ocho y regresaba por la tarde como á las siete. Dedujimos de eso que salía á su trabajo, tal vez en una tienda donde podía conservar su niño. Iba vestida decentemente y siempre llevaba guantes: los vestidos del niño eran demasiados finos para gentes que moraban en aquella calle, y nadie la habría tomado por pobre á no ser por la guardilla en que vivía. No sabíamos su nombre ni nada relativo á ella, excepto lo que llevo dicho. Parecía no tener amigos y que evitaba contraer conocimiento con sus vecinos. No era necesario que nos dijeran que ella había experimentado serios disgustos y contrariedades; pero aunque su rostro revelaba mucha ansiedad, estaba sin embargo como iluminado por un rayo de esperanza. "Piensa en su niño y en el tiempo en que será un hombre hecho y derecho," solía decir Margarita. Y á la verdad que cuando los domingos reinaba buen tiempo y podía sacar á su niño á pasear, parecía entonces completamente feliz.

Nuestro interés por ella se aumentaba á medida que el tiempo trascurría. Casi puede decirse que la primera pregunta que yo hacía cuando iba á visitar á los Harlowe era informarme de como estaba la viuda. Margarita se hallaba tan prendada de ella y de su niño, que Felipe acostumbraba á darle bromas cariñosas sobre este particular. Comprendíamos que Margarita, que adoraba á los niños, anhelaba hacerse amiga de la viuda y hablar con ella acerca del chiquitín.

Por este tiempo el interés de Margarita llegó á su colmo, gracias á un nuevo sentimiento: ella misma se encontraba en víspera de ser madre. Cuando me enteré de ello, comprendí el motivo que había guiado á Felipe á vender sus muebles y poner á un lado el dinero para futuras necesidades. Margarita trató de hacer conocimiento con la joven viuda. Esperó á la ventana hasta que se asomara su vecina y sus miradas se encontraran, y entonces la saludó con la cabeza. La viuda contestó el saludo, pero se retiró inmediatamente. Poco tiempo des-

Continuará